R.L. STINE

More & More & More
Tales to Give You

Goosebumps®

WATCH GOOSEBUMPS® ON FOX KIDS NETWORK

Special Edition #6

TEN SPOOKY STORIES

SCHOLASTIC

PARACHUTE

Traducido del inglés al español - www.onlinedoctranslator.com

NO TE SIENTAS EN EL GRONK

"Esto no funciona".

"Déjame verlo, Brad". Mi hermana Kelly, de quince años, agarró el walkman que tenía en mis manos y casi me arranca la cabeza.

“¡Vaya! ¡Espera un segundo! ¡Déjame quitarme los auriculares primero! I grité.

Era la mañana de Navidad. Mamá, papá, Kelly e Í se sentaron en la sala de estar, alrededor de nuestro árbol, abriendo regalos.

Mamá y papá me compraron el Walkman, pero definitivamente estaba roto. No salió ningún sonido de los auriculares.

"Conectaste los auriculares en el conector equivocado". Kelly me frunció el ceño. “Deberías haber marcado primero el diagrama en la casilla. Eres un completo imbécil”.
"¡No soy un idiota!" I grité.
"¡Sí es usted!"
"¡No, no!" Grité aún más fuerte.
“No llames idiota a tu hermano. No es agradable”, regañó mamá a Kelly.
"No puedo evitar que la verdad duela", declaró Kelly.
“Ya es suficiente”, le advirtió papá.
Me reí.
Papá se volvió hacia mí. “No te rías. Tu hermana tiene razón”.
¿Eh?

"Deberías haber mirado el diagrama primero", dijo.

“Tu padre tiene razón. Nunca te tomas el tiempo para

lee las instrucciones", dijo mamá.

"Bueno. Está bien", murmuré. "Todo el mundo tiene razón".

Vi a Kelly sonriéndome mientras papá recogía el último regalo debajo del árbol. "¡Este es para ti, Brad!"

Busqué la pequeña caja envuelta en papel rojo brillante. Ya había abierto todos mis regalos. El de mamá y papá debería haber sido el último.

Revisé la tarjeta en la caja. Decía: A BRAD. Pero no estaba firmado por nadie.

"¿De quién es esto?" Pregunté.

Nadie sabía.

Arranqué el papel, abrí la caja y miré dentro. "Oh. Es sólo una Kooshball".

"Me lo llevo." Kelly me quitó la caja.

"Dame eso a mí. ¡Es mio!" Le arrebaté la caja.

Tengo alrededor de cien Koosh Balls, pero

No había manera de que dejara que mi estúpida hermana tuviera nada mío.

Saqué la Kooshball azul de la caja.

Terminé, listo para tirárselo a Kelly.

Pero me detuve.

Algo se sentía diferente acerca de esta Koosh Ball,

Se sentía... cálido.

Lo miré fijamente y jadeé.

"¡Mirar!" Lloré. “¡Se está moviendo!”

"No vamos a caer en una de tus bromas tontas, Brad", declaró Kelly.

"Te lo digo, ¡se está moviendo!"

Estudié la pelota. Tenía aproximadamente el tamaño y el peso de una pelota de tenis. Me quedé mirando sus hebras de rubí azul. Oh... no se mueve, me di cuenta. Son sólo los hilos temblando en mi mano. Eso es lo que hacen las Koosh Balls.

Pasé mi mano por los hilos. Se separaron y vi unos bultos redondos debajo. "¡Ey! ¡Mirar! Éste es diferente. ¡Este debe ser un modelo nuevo!

"Me aburres." Kelly se levantó y empezó a salir de la habitación.

Me quedé mirando la pelota llena de baches.

Espera un minuto. ¿Acabo de verlo moverse?

Lo miré con los ojos entrecerrados.

¡Sí! ¡Hice!

"¡Son las 15 en movimiento!" Grité. "¡Parece que está respirando!"

Kelly volvió a la habitación. ella miró

por encima de mi hombro mientras observaba la pelota. Observé cómo entraba y salía. Subiendo y bajando. Pequeños movimientos, ¡pero definitivamente respirar!

"¡Está vivo!" Lloré.

"¡Déjalo caer!" Kelly gritó, retrocediendo. "¡Esta vivo!"

"¿Déjalo caer? ¿Estás loco?" Tamizé suavemente las hebras de goma entre mis dedos y la bolita dejó escapar un suave ronroneo.

"¡Esto es demasiado extraño!" Kelly retrocedió un poco más.

Mamá y papá se acercaron y miraron la pelota en la palma de mi mano. “Definitivamente se está moviendo”, dijo mamá.

"Es una especie de criatura", dijo papá. "Me pregunto qué es." Se rascó la cabeza.

"¡Es impresionante! ¿Puedo quedármelo?" Les pregunte.

Mamá miró a papá.

Papá se encogió de hombros.

“No veo por qué no”, decidió finalmente mamá. "Siempre y cuando lo cuides bien".

"¡Fresco!" Puse a la criatura en equilibrio encima de todos mis otros regalos y corrí a mi habitación.

"¿Qué vas a?" Me senté en mi cama y acuné a la criatura en mi mano. Pasé los dedos por sus suaves púas azules y ¡dejó escapar una risita!

¡Vaya!

¡Esto fue increíble!

Separé los hilos y busqué los ojos de la criatura, su nariz, su boca, sus orejas.

No parecía tener ninguno, al menos ninguno que yo pudiera ver.

Tengo que llamar a Roscoe y contarle esto, pensé. Roscoe es mi mejor amigo. Tiene un hámster como mascota que le parece increíble. ¡Ja! ¡Espera a que vea esto!

Comencé a colocar a la extraña criatura nuevamente en su caja, cuando noté un trozo de papel naranja en el fondo. Lo leí en voz alta: “Cómo cuidar tu Gronk”.*

"Entonces, ¡eso es lo que eres!" Le dije a la pequeña criatura. "Eres un Gronk."

Tiré el periódico a un lado. Coloqué con cuidado el Gronk en la caja y fui al teléfono.

Cuando Roscoe se enteró del Gronk, vino inmediatamente a verlo. "¡Guau! ¡Es genial!" dijo, mirando a la criatura en la caja.

"¡Vamos a llevarlo afuera!" Cogí el Gronk y salimos corriendo a jugar.

"¡Déjame tenerlo!" Gritó Roscoe.

Le lancé la criatura al otro lado de mi jardín delantero hacia Roscoe.

"¡Ey! ¡Pienso así! Roscoe atrapó a la criatura. "¡Creo que acabo de oírlo reír!"

Hacía bastante frío afuera y me preguntaba si hacía demasiado frío para el Gronk. Pero no parecía importarle en absoluto el clima invernal. Cada vez que lo arrojábamos, soltaba una risita feliz. ¡Completamente asombroso!

Roscoe me arrojó el Gronk, muy alto en el aire, muy por encima de mi cabeza.

¡Oh, no!

Me desvanecí hacia atrás, hacia atrás, hacia atrás, ¡y lo atrapé!

T dejó escapar un suspiro de alivio.

El Gronk se retorció de alegría. Sus púas de goma me hicieron cosquillas en las palmas de las manos. "¡Ey! ¡Tienes razón!" Le dije a Roscoe. "¡Realmente le gusta esto!"

Lanzamos el Gronk de un lado a otro. De ida y vuelta, ¡hasta que se me cayó!

“¡Nooo!” Jadeé cuando se me cayó de la mano.

Me lancé rápidamente y lo atrapé antes de que cayera al suelo. Pero algo andaba mal.

"¿Qué pasó?" Roscoe corrió hacia mí.

"Se... se puso pesado", tartamudeé. "Lo dejé caer porque no esperaba que lo sintiera tan pesado".

"¿Qué quieres decir?" —Preguntó Roscoe.

"De repente, parece que pesa más".

Levanté el Gronk hacia arriba y hacia abajo en la palma de mi mano. "Sí. Definitivamente es más pesado. Aquí." Le pasé la criatura a Roscoe. "¿Qué opinas?"

Roscoe me quitó el Gronk y dejó escapar un grito. "¡Está creciendo!"

"¡De ninguna manera!" Le quité la criatura y sentí el cuerpo del Gronk latiendo en la palma de mi mano. Pulsando dentro y fuera, con un ritmo constante. Pulsando y creciendo.
"¡Está creciendo!" Jadeé.

Observé con asombro cómo los zarcillos gomosos de la criatura se movían en ondas. Se meneó y creció. Más y más tiempo.

Me quedé totalmente quieto, observando cómo la criatura se expandía en mis manos, hasta que alcanzó el tamaño y el peso de una bola de boliche.

"¡Guau! Es muy pesado ahora. ¡Sentirlo!" Le entregué el Gronk a Roscoe. Pero Roscoe retrocedió. El Gronk cayó al suelo... ¡y rebotó!

"¡Oye, genial!" Lloré.

Cogí el Gronk mientras rebotaba y lo driblé.

¡El Gronk dejó escapar una fuerte carcajada!

Se lo pasé a Roscoe.

Roscoe lo dribló y luego me lo devolvió. ¡El Gronk se rió un poco más!

Hice rebotar el Gronk arriba y abajo por mi camino de entrada.

¡Cuanto más lo botaba, más alto rebotaba!

¡Cuanto más lo botaba, más fuerte se reía!

"¡Esto es increíble!" Grité mientras me dirigía hacia la canasta que cuelga sobre nuestro garaje.

Me acerqué a la canasta. Disparé y ¡marqué!

Cuando el Gronk atravesó el aro, ¡comenzó a crecer un poco más!

“¡Vaya! ¡Ahora es tan grande como una pelota de baloncesto! Lloré.

Hicimos algunos aros con el Gronk.

Jugamos un partido de uno contra uno. Al final del juego, atrapé a la criatura y sacudí la cabeza con incredulidad.

“¡Roscoe, mira! ¡Es más grande! ¡Es más grande que una pelota de baloncesto!

Roscoe no supo qué decir.

Nos turnamos para conducir el Gronk por la cuadra hasta la casa de Roscoe, ¡y siguió creciendo!

"Tengo que dejar de jugar". Roscód jadeó, sin aliento. “Esa cosa es demasiado grande. Y creo que pesa tanto como yo”.

Me quedé mirando al Gronk. Era tan grande como mi enorme pelota de playa. Pero era muchísimo más pesado. Me agaché y traté de levantarlo. No pude.

"Es un poco espeluznante". Roscoe miró hacia el

Gronk. "Creo que será mejor que P entre. Se está haciendo tarde".
Dio media vuelta y se apresuró a entrar en su casa.

Me paré detrás del Gronk. Me incliné y traté de empujarlo hacia mi casa.

No se movió.

Puse ambas manos firmemente contra él y lo empujé. Empezó a rodar lentamente.

Mamá y papá no van a creer lo
"El tamaño de esta cosa", pensé mientras empujaba a la criatura.

Yo tampoco lo podía creer. Roscoe tenía razón: era un poco espeluznante.

Necesité todas mis fuerzas para hacer rodar el Gronk de regreso a casa.

Jadeando, empujé más fuerte. "Tengo que mostrártelo a mamá y papá de inmediato", dije, mirando a la criatura. “Tengo que mostrarles lo rápido que estás creciendo. Tal vez puedan descubrir qué está pasando contigo”.

Cuando llevé el Gronk hasta la puerta principal, estaba totalmente sin aliento.

Abrí la puerta. Luego me apoyé contra la criatura y la empujé dentro. "¡Mamá! ¡Papá! ¡Mira esto!" Grité. Nadie entró en la habitación.

"¿Mamá? ¿Papá?" Corrí por la casa, buscándolos. Se habían ido.

Corrí de regreso a la sala de estar.

¡Oh, no! ¡El Gronk había crecido aún más!

Corrí a la habitación de Kelly.

“¡Kelly! ¡Rápido! ¡Tienes que venir conmigo!

“¿No ves que estoy hablando por teléfono?” ella refunfuñó.

"¡Por favor!" Yo rogué.

"Piérdase."

Corrí de regreso a la sala de estar.

¿Qué voy a hacer contigo? me quedé mirando

"la criatura. ¡Eres enorme! Con un fuerte gruñido, lentamente hice rodar el Gronk hacia mi habitación. Luego me desplomé en mi cama.

El Gronk dejó escapar un ronroneo bajo y ¡comenzó a crecer de nuevo!

"¡Guau!" Grité. "¡Ahora eres tan grande como una silla!"
Salté de la cama y me senté en ella.

"¡Ey! ¡Estás bastante cómodo! Le di unas palmaditas al Gronk. “¡Como un sillón puf!”

El Gronk se estremeció y se rió.

Me empujé hacia atrás y me senté más profundamente en el Gronk.

El Gronk volvió a reírse.

Puse mis manos detrás de mi cabeza. Me recosté... ¡y el Gronk retumbó y creció aún más!

Kelly pasó por mi habitación sin siquiera mirar dentro.

El Gronk siguió hinchándose. Me elevó cada vez más alto. ¡Y más alto!

"¡Detener!" I grité. "¡Es demasiado! ¡Deja de crecer!"

El Gronk siguió creciendo. Expandiéndose: ocupando la mayor parte del piso de mi dormitorio.

"¡Por favor deje de!" Grité. "¡Eres demasiado grande!"

El Gronk siguió creciendo.

"Kelly - ¡ayuda!"

"¿Qué deseas?" Los pies de Kelly recorrieron el pasillo. Ella giró hacia mi puerta y gritó.

"¡Puntilla! ¿Qué es eso?"

"¡Es la pequeña criatura!" Me bajé del Gronk y caí al suelo. "Solo que ¡ya no es poco!"

Intenté ponerme de pie. Pero la criatura me abofeteó fuerte con sus zarcillos gomosos y me derribó.

Kelly se acercó a mí y me empujó hacia la puerta. Me apreté contra el gran cuerpo del Gronk y finalmente salí al pasillo.

"¿Qué vamos a hacer?" Lloré. “¡No parará de crecer!”

Kelly miró alrededor de mi habitación. Sus ojos se detuvieron en la hoja de papel naranja sobre mi cama.

Se apoyó contra el Gronk y se estiró para coger el papel. Estirándose... hasta que pudo captarlo.

"¿Leíste esto?" —exigió, sosteniendo la hoja naranja: las instrucciones que venían con el Gronk.

"No. No lo hice", admití.

El Gronk dejó escapar una risita y se hinchó un poco más.

"¡Vamos a salir de aquí!" Kelly me agarró del brazo y corrimos por el pasillo.

RUIDO SORDO. RUIDO SORDO. RUIDO SORDO.

El Gronk saltó detrás de nosotros.

"¡Lee las instrucciones!" Lloré mientras entramos a la sala de estar.

La voz de Kelly temblaba mientras leía y corría. "El Gronk será una mascota encantadora siempre que sigas tres reglas simples".

RUIDO SORDO. RUIDO SORDO. RUIDO SORDO.

El Gronk rodó lentamente hacia la sala de estar.

"¡Date prisa, Kelly! ¡Leer!" Grité, retrocediendo hacia un rincón de la habitación.

“Regla número uno”, leyó rápidamente. “El Gronk mantendrá su pequeño tamaño siempre que lo mantengas en el interior. NUNCA lo saques afuera o comenzará a crecer rápidamente'”.

"Oh, noooo", gemí.

RUIDO SORDO. RUIDO SORDO. RUIDO SORDO.

Los rebotes del Gronk se hicieron más fuertes.

"¡Leer!" Lloré. "¡Termina las reglas!"

Kelly miró nerviosamente hacia la puerta de la sala. El papel naranja tembló en sus manos temblorosas.

“*“Regla número dos. NUNCA lo uses como pelota porque eso lo hará aún más divertido de lo que ya es'”.

"¡Demasiado tarde!" Lloré. “¡Es demasiado tarde para eso! ¡Sigue leyendo!"

“Regla número tres. NUNCA te sientes en el Gronk porque... ¡cuidado, Brad! Kelly gritó y saltó sobre el sofá.

El Gronk irrumpió en la habitación. Ahora rebotó rápido.

Se me acercó. Me arrinconó. Empezó a moverse.

"¿Por qué no deberías sentarte en él?" Lloré. "¡Termina la oración! ¡Termínalo!

“NUNCA te sientes en el Gronk'...” leyó Kelly, con la voz temblorosa.

"¡Ay!" Grité cuando el Gronk me empujó.

contra la pared “¡Lee, Kelly! ¡Leer!" Estaba tirado en el suelo. El Gronk se elevó sobre mí. "NUNCA te sientes en el Gronk", comenzó Kelly de nuevo, "porque... ¡entonces querrá sentarse encima de ti!"

SALPICAR.

PESADILLA DEL CASCANUECES

"Esto debe ser un mal sueño", gemí.

Mi mamá se dio vuelta y me miró mal desde el asiento delantero del auto. "Ya es suficiente, Samantha", espetó.

Odio cuando me llama por mi nombre completo. Esperé hasta que ella se dio la vuelta, luego hice una mueca en la parte posterior de su cabeza.

Mi padre miró por el espejo retrovisor y me atrapó. "¡Sam!" él dijo. “No te arrastraremos para torturarte, ¿sabes? Te llevaremos a un emocionante evento cultural”.

Mi papá es profesor de arte en la universidad. Eso significa

es un gran conocedor de la cultura.

"Espero que seas educado y agradezcas a la señora Boren por los boletos, Sam". Mi mamá bajó la visera para mirar su cabello castaño ondulado en el espejo.

La señora Boren (o la vieja Boring, como yo la llamo) solía ser mi niñera. Se mudó de nuestro vecindario cuando yo tenía ocho años, pero todavía recordaba cada horrible segundo que pasé con ella. Ella nunca me dejó hacer nada divertido.

Y ahora, cuatro años después, había encontrado una nueva forma de torturarme. Iba a llevar a mi familia al ballet por Navidad.

"Estoy seguro de que al viejo Boring le encantará este estúpido vestido que me hiciste usar". Me subí las mangas del horrible vestido de tafetán verde, heredado de mi prima mayor. Era al menos dos tallas más grande y tenía asquerosos lazos de encaje en los hombros.

"Sin insultos, Samantha", dijo mi mamá bruscamente. “Me encantaba El Cascanueces cuando tenía tu edad”, añadió.

No pude evitar estar de mal humor. Todos mis amigos iban al cine esta noche y yo me lo estaba perdiendo.

Miré mi muñeca y me di cuenta de que había dejado mi reloj en casa. Menos mal, pensé. No podré contar cada segundo interminable de aburrimiento del ballet.

Vi a la señora Boren tan pronto como entramos al vestíbulo. Ella no había cambiado ni un poco. Era alta y fornida, con el pelo corto y negro que parecía estar pintado en su cabeza. Su ropa era de un negro opaco y su piel de un blanco opaco. Sólo destacaban sus enormes ojos grises. Parecían verlo todo

sobre ti, incluso lo que estabas pensando.

“Buenas noches, Samantha. Me alegro de que hayas venido”, dijo.
"Uh, sí", murmuré. Quería ser educado.

Pero la mirada acerada del viejo Boring me estaba poniendo nervioso.

Mi mamá me lanzó otra mirada sucia. Ella y mi papá charlaron con el viejo Boring mientras caminábamos por el vestíbulo hacia el teatro. Los seguí detrás.

Tomé asiento en el pasillo junto a mi mamá. Una mujer alta estaba sentada frente a mí. Al principio pensé que llevaba un gran sombrero de piel. Entonces me di cuenta de que era su cabello. No podría ver nada sin asomarme hacia el pasillo.

"Genial", murmuré. "Solo mi suerte."

Mamá me miró y luego miró el peinado alto y borroso de la mujer. "No te preocupes, Sam", dijo. "Estoy seguro de que tu padre cambiará de asiento contigo".

Papá y la señora Boren se volvieron hacia mí. "Claro, Sam", dijo papá, comenzando a levantarse.

Me estremecí al pensar en sentarme junto al viejo Boring. "Olvídalo", dije apresuradamente. “Me quedaré aquí. Al menos esquivar para ver algo me dará algo que hacer. Incluso podría mantenerme despierto”.

Lo lamenté tan pronto como salieron las palabras. Mi padre frunció el ceño. Mi madre jadeó. Miré a la señora Boren, pero ella no parecía molesta en absoluto.

“La niña no ha aprendido a apreciar el baile.

Déjalo", les dijo a mis padres. "Pero ella es joven. Estas cosas toman tiempo. Muchísimo tiempo".

Mamá parecía lista para lanzarse a otro

ronda de regaños. No lo esperé. "Voy al baño de mujeres", dije rápidamente. "Ya vuelvo".

Había varias mujeres en la fila. Pero cuando salí, el vestíbulo del teatro estaba vacío.

Casi vacío, eso es.

"Hola, Samanta." La señora Boren estaba parada en la puerta.

"Mi nombre es Sam", la corregí.

Ella no respondió. Eso me puso nervioso.

"Será mejor que nos vayamos", dije. "El espectáculo debe estar a punto de comenzar".

Sus fríos ojos grises me miraron fijamente. Empecé en el teatro. "Eso significa que es casi hora de aburrirse hasta la muerte", murmuré.

"Muerta de aburrimiento", repitió la señora Boren, entrecerrando los ojos. "Me pregunto si sabes qué es realmente el aburrimiento".

Podía sentir mi cara ponerse roja. No había sido mi intención que ella escuchara eso. "No lo sé", murmuré.

"Es hora de que aprendas a tener paciencia, Samantha". La señora Boren levantó la muñeca y la manga cayó hacia atrás, revelando un reloj de pulsera de oro extrañamente tallado. "Oh, sí, es hora".

Golpeó lentamente el reloj tres veces con el dedo índice derecho. Luego se dio la vuelta y se alejó sin decir una palabra más.

Regresé a mi asiento justo cuando la orquesta empezaba a afinar.

“Ahí estás”, dijo mi mamá. "Estuviste fuera por mucho tiempo".

“Había una fila”, dije. No me atreví a mirar a la señora Boren, que estaba de nuevo en su asiento. Todo lo que quería era olvidar esa extraña escena en el vestíbulo.

Mi mente vagaba por toda la diversión que mis amigos estaban teniendo sin mí. Pero eso fue demasiado deprimente. Entonces comencé a pensar en el juego de computadora que mis padres me habían regalado para Navidad.

Fue realmente complicado. Hasta ahora, P nunca había pasado del Nivel Seis. Pensé en todas las estrategias que había probado hasta ahora. Luego traté de descubrir qué estaba haciendo mal.

Tal vez venir al ballet no había sido una pérdida total después de todo. Me había dado mucho tiempo para pensar.

Escuché una tuba tocar algunas notas. Luego una flauta tocó una escala. "¿Qué está sucediendo?" Le susurré a mi mamá.

"Están calentando", respondió ella.

"¿Aún?" Dije sorprendido. "Seguro que están tardando bastante".

Mamá puso los ojos en blanco. “Tenga paciencia”, dijo.

"El ballet comenzará pronto".

Los minutos transcurrían uno tras otro. Los músicos continuaron tocando y trinando. Después de un rato, mi brazo empezó a hormiguear. Se había quedado dormido. Lo sacudí.

"Sam", dijo mamá bruscamente. "Siéntate quieto."

“¿Esto alguna vez va a comenzar?” Yo pregunté.

Mi mente volvió a vagar. Esta vez no pude evitar pensar en mis amigos. Me preguntaba si saldrían a comer pizza después de la película.
Deseaba estar con ellos. Incluso sabía qué me habría puesto: la nueva camiseta de rugby que me regalaron mis primos en Navidad.

Eso me recordó mis otros dones. Para mantenerme ocupada, los enumeré todos en mi cabeza.

La orquesta quedó en silencio.

Ya era hora, pensé. Esperé a que comenzara la música. Pero transcurrieron varios minutos de silencio.

"¿Lo que está sucediendo?" TI susurró finalmente.

"Ssssh." Los ojos de mi mamá estaban vueltos hacia el escenario. Ella estaba sonriendo expectante.

Me incliné para ver más allá del peinado. Pero el telón permaneció bajo. Finalmente, después de lo que parecieron al menos diez minutos, capté un movimiento por el rabillo del ojo. Miré hacia el foso de la orquesta y vi al director levantar los brazos. Los músicos levantaron lentamente sus instrumentos.

Todavía no pasó nada. El conductor mantuvo su

brazos levantados. La orquesta mantuvo sus instrumentos listos. Pero nadie tocó una nota.

¿Que esta pasando? Miré a mi alrededor y vi que el resto del público miraba fijamente el escenario sin moverse.

Me moví en mi asiento, tratando de ponerme cómoda. ¿Por qué no había empezado todavía este estúpido ballet?

El silencio era inquietante. Nadie se revolvió en sus asientos, tosió ni susurró.

Y mi mamá todavía estaba mirando al escenario con esa pequeña sonrisa en su rostro.

Cuando finalmente llegó la primera nota, me sobresalté tanto que mi pie dio un tirón hacia adelante y golpeó el asiento frente a mí. La mujer del peinado se dio vuelta y frunció el ceño.

La introducción de la orquesta fue aburrida, así que dejé de prestar atención. En cambio, pensé en el poema que se suponía que debía memorizar para la escuela, me sabía la mayor parte, pero era muy largo: veinte estrofas.

Recitar el poema en mi cabeza fue en realidad una especie de relajación. Pero a la quinta vez ya estaba definitivamente harto.

Miré alrededor del cabello frente a mí. La música seguía sonando, pero el telón estaba cerrado.

¡Viva! Pensé. Debí quedarme dormido y perderme todo el ballet. Parecía demasiado bueno para ser verdad.

"¿Está terminando?" Susurré.

“Muy gracioso”, respondió mi mamá. "El baile comenzará en cualquier momento".

Al principio pensé que me estaba tomando el pelo, pero volví al escenario y vi que se estaba levantando el telón. Avanzó poco a poco. Varios bailarines estaban en el escenario, listos para comenzar.

¿Cómo perdí la noción del tiempo de esa manera?

Reprimí un enorme bostezo. ¿Qué hora era, de todos modos? Intenté ver el reloj de mi mamá. Pero me lo rechazaron.

En el escenario, las bailarinas se movían lentamente con sus coloridos tutús. Dieron vueltas por el escenario, muy lentamente, como en cámara lenta.

Mientras bailaban una y otra vez, mi pie izquierdo se quedó dormido. Sentí como si me estuvieran clavando alfileres y agujas en el zapato. Golpeé fuerte con el pie, tratando de reactivar la circulación.

Eso sacó a mi mamá de su trance. "¡Tranquilo!" Ella susurró.

"Pero mi pie está dormido", protesté.

Volví al escenario. Los bailarines se habían ido. Los músicos estaban barajando páginas mientras se preparaban para la siguiente escena.

Cuando finalmente empezó, me agarré a los brazos de mi asiento y traté de fingir que todo era normal. Pero el baile siguió y siguió.

¡Estaba tardando una eternidad!

Miré a mi mamá. Ella sonreía y tarareaba en voz baja mientras observaba a los bailarines moverse tan lentamente por el escenario. Tan lentamente que apenas se movían.

Algo andaba mal aquí. Y parecía que yo era el único que lo sabía. ¿Pero qué podría hacer?

Cerré los ojos y traté de pensar.

De repente el público empezó a aplaudir. Eso me despertó de mis pensamientos. Me uní. Los aplausos continuaron y siguieron. Después de varios minutos, yo
dejó de aplaudir. Pero ante el ceño fruncido de mi mamá, comencé de nuevo.

Diez minutos después, me dolían las manos. Aplaudí lo más suavemente que pude.

Justo cuando temía que me empezaran a sangrar las manos si seguía aplaudiendo, los aplausos terminaron.

Y vino otra larga pausa. El único sonido era el de los músicos barajando sus partituras.

El espeluznante silencio duró aún más esta vez.
El público se quedó quieto y esperó.

Finalmente no pude soportarlo más. "Mamá", susurré. Sentí la garganta seca y áspera.
"¿Qué hora es?"

Ella suspiró. "Honestamente, Sam", le susurró ella. “Si no puedes divertirte, quédate callado para que el resto de nosotros podamos”.

La señora Boren se inclinó hacia adelante para que pudiera verla. "Sé qué hora es, Sam", dijo. Levantó la muñeca que tenía el extraño reloj. "Es

Es hora de que aprendas a tener paciencia”, dijo. Ella tocó el reloj.

Mi madre sonrió. No se dio cuenta de lo que decía la señora Boren. Pero lo hice.

¡La señora Boren fue la responsable de esto! Había lanzado una especie de hechizo sobre todos para ralentizar todo. Y ahora, pasaban horas y horas mientras estábamos sentados aquí.

Tuve que hacer algo. ¡Quién sabía cuánto tiempo planeaba mantenernos atrapados en este extraño túnel del tiempo!

Intenté moverme. Por un segundo mis miembros no obedecieron. Finalmente cobraron vida con un crujido, sintiéndose rígidos y encogidos.

"Mamá", susurré con urgencia. "Escuchar. Algo extraño está pasando aquí...

Ella no me dejó terminar.

"Esta es tu última advertencia, Samantha", susurró enojada. "¡Una palabra más antes de que termine este ballet y estarás castigado hasta la Navidad!"

Pero apenas la escuché. Acabo de echarle un buen vistazo.

Jadeé horrorizado.

El teatro estaba oscuro, pero no había lugar a dudas. ¡El cabello castaño de mi madre estaba salpicado de manchas grises!

¿Cuánto tiempo llevábamos sentados aquí?

Tuve que escapar. Tal vez una vez que estuviera afuera podría descubrir cómo salvar a mi familia.

Me levanté y caminé hacia la salida, deseando que mis piernas gomosas se apresuraran. ¿Por qué no había hecho esto antes? Pronto estaría afuera, al aire libre. Iría directamente a la policía. Tal vez pudieran salvar a mis padres y al resto del público de la maldición de la anciana... antes de que fuera demasiado tarde.

Pero la salida no parecía más cercana. Aceleré, pasando de trotar a correr. Corrí hasta que me quedé sin aliento y sentí una punzada en el costado.

Pero no importa lo rápido que mis piernas se movieran, las puertas del vestíbulo permanecieron donde estaban. Cuando me di la vuelta, mi asiento estaba sólo unos metros detrás de mí.

Con un suspiro de derrota, caminé hacia atrás y me desplomé en mi silla.

La señora Boren se inclinó hacia adelante. “Si quieres ir al snack bar, Samantha, estará cerrado mientras dure la actuación”, dijo dulcemente. "Tendrás que tener paciencia".

La miré. Pero estaba demasiado cansada y asustada para responder.

¡De repente escuché un fuerte RERRIP! Una de las costuras de mi vestido se había roto. Miré hacia abajo con sorpresa.

¡Mis mangas eran demasiado cortas!

¡Me había convertido en (y fuera) el vestido de mi prima mientras estaba sentada aquí!

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto tiempo?

Finalmente, bajó el telón.

Sollocé en voz alta. Me sentí muy aliviado. ¡Sí! Ahora podría dejar este ballet de pesadilla con mis padres.

Empecé a levantarme.

La señora Boren volvió a inclinarse hacia delante y me sonrió. “Ten paciencia, Samantha”, dijo. “El primero ya casi termina el acto. El segundo acto comenzará pronto a las tres de la tarde.

EL VAMPIRO DE HIELO

"¡Mirar! Los jueces están listos”, dijo Sam Weaver. "¡Sé que nuestra escultura de hielo va a ganar!"

“¡Ssh! Vamos a escuchar." Su mejor amigo, Billy Liff, le dio un codazo en las costillas.

Los cuatro jueces subieron a un escenario de madera. Se instaló en el parque con motivo del Carnaval de Invierno. Docenas de esculturas de hielo salpicaban la nieve. Césped cubierto frente al escenario.

Sam quitó algunas virutas de hielo de la escultura que habían construido. Era una cobra enorme y enroscada, lista para atacar.

“Y el ganador es”, dijo uno de los jueces por el micrófono, “Ice Vampire, de Bram Stokeman”. "¡Eso apesta!" Dijo Billy. Golpeó el cobra.

Los jueces bajaron del escenario y caminaron entre las filas de esculturas. Ellos

Llegó a la última fila. Uno de ellos pegó una cinta azul a la estatua ganadora.

"Vamos a comprobarlo", dijo Sam. Él y Billy se abrieron paso entre la pequeña multitud que se había reunido detrás de los jueces.

La estatua ganadora fue una talla de un vampiro de aspecto muy real. Colmillos, capa, nariz larga y labios finos. Sus ojos se entrecerraron. El hielo azul le daba un brillo inquietante.

"¿De donde vino ese?" -Preguntó Billy.

"No sé." Sam se encogió de hombros. "No lo vi cuando caminamos antes".

"Debemos haber estado demasiado ocupados haciendo el nuestro para darnos cuenta", dijo Billy. “Qué desperdicio fue eso”.

"Un desperdicio total", gimió Sam, pateando un montón de nieve. "¿Quieres ir a buscar sidra caliente o algo así?"

Los niños cruzaron el parque hasta la caseta de refrescos. Compraron bebidas y se sentaron en una mesa de picnic.

"¡Ey! Sam! ¡Porra! ¿Quien ganó?" Era Michelle Ahlberg, una chica del colegio.

"Alguna estatua de vampiro", se quejó Sam. Aplastó su copa de sidra vacía y la arrojó a un cubo de basura.

“¿Quieres ver nuestra escultura?” Billy le preguntó a Michelle.

"¡Seguro!"

Corrieron de regreso a las esculturas de hielo. "Míralo", anunció Billy, señalando la enorme cobra.

Michelle dejó escapar un silbido. “Impresionante”, dijo. Ella miró a su alrededor. "¿Dónde está la escultura que ganó?"

Sam se volvió hacia la última fila, buscando al vampiro. "Eso es extraño", murmuró. "Se fue."

Una escultura de una niña se encontraba en el lugar donde Sam juró que había estado el vampiro de hielo. Se quedó boquiabierto ante la escultura congelada. Se parece exactamente a mi vecina de al lado, se dio cuenta Sam. "Oigan, chicos, ¿no se parece a Rebecca Phillips?"

Billy y Michelle se acercaron unos pasos y miraron la escultura.

"¡Guau!" -exclamó Billy-. "¡Lo hace!"

Michelle se rió. “¡Un cubito de hielo de Rebecca Phillips!”

Sam se quedó mirando la estatua. Había algo extraño en ello. Estaba tallado tan perfectamente como lo había estado el vampiro de hielo. Incluso podía ver las pestañas y las uñas de la estatua.

Sam miró alrededor del parque. ¿A dónde fue la escultura del Vampiro? Tal vez estoy buscando en el lugar equivocado, se dijo Sam. No podía simplemente desaparecer.

“Afuera hace frío”, dijo Michelle. “Soy

ir a casa." Ella se despidió con la mano y salió corriendo.

Sam echó otro vistazo a la estatua de Rebecca. La luna estaba alta. Su luz arrojaba un resplandor blanco

la escultura. De repente sopló una ráfaga de viento y los árboles desnudos crujieron y gimieron.

"Este lugar es espeluznante de repente". Billy miró a su alrededor. “Todos se han ido. Nosotros también deberíamos ir”.

Sam no podía quitar los ojos de la estatua.
Parecía tan vivo.

"Vamos, Sam", insistió Billy.

Un gemido bajo y espeluznante resonó en el aire.

Sam se estremeció. Los chicos se dieron la vuelta y comenzaron a alejarse.

"Ooooooohhhh". El gemido se elevó, esta vez más fuerte.

Los chicos se dieron vuelta. Y se quedó mirando la escultura congelada de Rebecca. Sus ojos parecían estar mirándolos fijamente. Rogándoles.

“Salgamos de aquí”, dijo Sam.

Los muchachos se apresuraron junto a una hilera de estatuas. Sam sintió un escalofrío recorrer su espalda. Se estiró hacia atrás para levantarse la capucha.

Y una mano helada se apoderó de su cuello.

"¡Ya basta, Billy!" Sam lloró.

Se dio la vuelta y jadeó.

¡Sobre él se alzaba la escultura de hielo del vampiro!

Sólo que ya no era hielo.

El vampiro había cobrado vida.

Sam sintió que el corazón le golpeaba en el pecho. Él

se frotó los ojos. Cuando los abrió, el vampiro todavía estaba allí.

Sam retrocedió lentamente. Billy agarró el brazo de Sam y retrocedió también.

La criatura sonrió. Sus colmillos brillaban como pequeños carámbanos. Manchas de escarcha cubrían sus afilados pómulos. Sus ojos eran oscuros y vidriosos... y no tenían pupilas.

"Calor...", murmuró el vampiro en un susurro escalofriante. Extendió una mano larga y clara como el hielo. Y agarró la muñeca de Sam.

"¡Déjalo ir!" Sam gritó. Los dedos del vampiro lo agarraron con fuerza. Sam sintió que se le enfriaba la piel. Agujas de Ley le subieron por el brazo. De repente, ya no podía sentir su muñeca.

"¡Ayuda!" Sam chilló. "¡El vampiro me está convirtiendo en hielo!" Sam sintió que el frío le subía al pecho. ¡Sus pulmones comenzaron a congelarse! No podía respirar.

Sam golpeó al vampiro con su brazo libre. Pero el vampiro no pareció darse cuenta. Él miró fijamente

a los ojos de Sam. Sam sintió que se enfriaba...
y de repente tenía sueño. Tan somnoliento.

"¡Lo dejó ir!" -gritó Billy-. Agarró a Sam por la cintura. Billy tiró con fuerza.

"Calor...", gimió el vampiro. Perdió el control sobre la muñeca de Sam. Gruñó cuando Sam tropezó hacia atrás.

"¡Vamos a salir de aquí!" -gritó Billy-.

Los chicos corrieron entre la hilera de estatuas. Detrás de ellos, los pies del vampiro crujían sobre la nieve.

"Calor...", los llamó el vampiro.

Los niños llegaron a la calle y corrieron hacia la casa de Sam. Entraron corriendo y se desplomaron contra la puerta principal.

"Lo hicimos. Estamos a salvo", jadeó Sam. Él y Billy se sentaron en el suelo y respiraron profundamente.

"Él... él... él volvió a la vida", tartamudeó Billy.

"¿Nos siguió?" Sam preguntó sin aliento.

Oyeron un ruido en la puerta.

Sam y Billy gritaron. Se dieron vuelta.

"Calor...", gimió el vampiro desde afuera.

Sam y Billy se alejaron de un salto de la puerta.

"¡Mirar!" Sam jadeó. "¡El ojo de la cerradura se está congelando!"

"Necesito calor", llamó el vampiro. "¡Dame calor!" El pomo de la puerta sonó.

"¡Sal de aquí! ¡Dejarnos solos!" Sam gimió.

Silencio ahora.

Los chicos miraron fijamente la puerta. Silencio.

El ojo de la cerradura estaba completamente congelado.

"¿Se ha ido?" -susurró Sam-. "¿Se fue para siempre?"

"¿Donde está todo el mundo?" Sam preguntó a la mañana siguiente. Se sirvió cereal y leche.

"Tu mamá y tu papá están en el centro comercial", informó Billy. Billy se había quedado a dormir. "Y Emily está fuera el porche derribando carámbanos".

Sam asintió. Emily es su hermana mayor. Se suponía que él la ayudaría a bajar los carámbanos del techo del porche para que no cayesen sobre nadie. Pero pensó que si comía despacio, ella habría terminado cuando él saliera.

"Anoche fue muy extraño", murmuró Billy. "¿Realmente vimos un vampiro de hielo anoche?" preguntó Sam.
Billy se estremeció. Había tenido pesadillas toda la noche. Todavía no podía creer que la escultura de hielo hubiera cobrado vida y los persiguiera.

Empujó el espejo, el cepillo y el secador de cabello de Emily a un lado de la mesa y dejó su tazón de cereal con un ruido metálico.

"Mi hermana piensa que la cocina es un salón de belleza.

Y siempre deja sus trastos por ahí", se quejó Sam. "A mamá le da un ataque si dejo mis zapatillas sobre la mesa. Pero la perfecta señorita Emily se sale con la suya...

Un grito aterrorizado cortó las palabras de Sam.

"¡Esa es Emily!" -gritó Sam-. Saltó de su silla y corrió hacia la ventana de la cocina.

El vampiro de hielo había regresado. Las venas azules brillaban bajo su piel clara. Su capa ondeó detrás de él. ¡Agarró la mano de Emily!

Sam observó con horror cómo la criatura sostenía con fuerza la mano de Emily. Una gota de agua se deslizó por la larga nariz del vampiro. Las zonas heladas de sus mejillas comenzaron a derretirse.

"¡Está quitándole la presión a Emily!" Sam lloró. "¡Tenemos que salvarla!"

Sam abrió de golpe la puerta trasera. "¡Dejala sola!" Él gritó. Se abalanzó sobre el vampiro. Billy liberó a Emily de un tirón.

"¡Correr!" Sam llamó. Billy y Emily escaparon a la casa.

El vampiro se dio la vuelta. Se enfrentó a Sam.

"Calor..." gimió. "Necesito más calor". Estiró sus manos heladas hacia Sam.

Los ojos de Sam se posaron en los carámbanos que Emily había tirado al suelo. ¡Eso es todo! el pensó. ¡Un carámbano atravesando el corazón tiene que ser la forma de matar a un vampiro de hielo!

El vampiro se acercó. "Calor... dame

tu calor”.

Sam agarró un carámbano del suelo. Lo levantó por encima de su cabeza.

El vampiro flexionó sus manos claras y brillantes. Dio un paso adelante.

“¡Yaaa!” Sam gritó y clavó el carámbano en el pecho del vampiro. El extremo romo se rompió contra el cuerpo helado de la escultura.

El vampiro se rió. Una risa fría y húmeda.

Sam se dio la vuelta y se sumergió dentro. Cerró de golpe la puerta de la cocina y la cerró con llave.

Emily estaba parada junto a la mesa de la cocina, frotándose las manos. Le castañeteaban los dientes y tenía los labios azules.

"¿Se fue?" Ella susurró.

"Él todavía está ahí afuera", le dijo Sam. *Traté de matarlo con un carámbano, pero él simplemente se rió”.

El rostro del vampiro apareció de repente en la ventana de la cocina.

Emily gritó y se alejó de un salto.

El vampiro puso sus manos heladas contra el cristal.
Sam observó horrorizado cómo la ventana se congelaba. ¡Luego se agrietó y se hizo añicos!

El vampiro empujó el marco de la ventana y entró en la cocina. "Calor... dame tu calor", gruñó,

Antes de que los niños pudieran moverse, el vampiro se abalanzó sobre ellos. Agarró a Billy y clavó sus dedos helados en el brazo de Billy.

Billy dejó escapar un grito. "¡Él... él me está congelando!" Billy intentó soltarse.

"Calor...", murmuró el vampiro, clavando sus dedos de círculo más profundamente en el cálido pescado de Billy. “Síiii... calor...”

En un estado de terror. En pánico, Sam agarró lo primero que pudo encontrar: el secador de pelo portátil de Emily. De repente tuvo una idea.

"La batería está baja", advirtió Emily. “*¡No creo que funcione!”

Pero Sam hizo clic en él. El secador zumbó con fuerza. El aire cálido fluyó desde su punta.

Sam apuntó la secadora a la cara del vampiro de hielo.

Al principio, la criatura no reaccionó, pero luego una extraña sonrisa se dibujó en su rostro claro y helado. "Aaaaaaah". Lanzó un gemido y soltó a Billy.

Billy se alejó tambaleándose, frotándose el brazo congelado.

"Ohhhhhhh", gimió el vampiro de nuevo cuando el aire cálido se derramó sobre él. “Sí. Calor... tanto calor...”

"¡El lo ama!" -susurró Billy-.

"Más...", exigió el vampiro. “Calor... más calor...”

Sam mantuvo el zumbido del secador apuntando a la sonriente y suspirante escultura de hielo.

"¡Esto es increíble!" Declaró Sam, volviéndose hacia Emily y Billy. “Ahora no nos congelará. Tiene todo el calor que necesita. Mira lo feliz que es. Ahora sabe que somos sus amigos. Sabes -"

"Eh... ¿Sam?" -interrumpió Billy, gritando por encima del zumbido del secador. “¿Sam?”

"¿Qué es?" -respondió Sam.

"Date la vuelta", instruyó Billy. "Hay un pequeño problema".

"¿Eh?" Sam apagó el secador y se volvió hacia el vampiro de hielo. "¿Dónde está?"

Billy señaló el charco en el suelo. “Lo derritiste”.

Los tres miraron asombrados el gran charco. Luego empezaron a reír. Y reír.

Y reír. Sam le dio una palmada en la espalda a Billy. Emily se desplomó en el suelo en un ataque de risa.

Qué risa tan maravillosa. El tipo de risa que surge cuando sabes que finalmente estás a salvo de cualquier daño.

"¡Eso fue genial!" Sam lloró. Encendió el secador y apuntó a Billy.

“Me estoy derritiendo. Me estoy derritiendo”, se lamentó Billy. Todos volvieron a reírse.

El zumbido del secador se hizo cada vez más suave. Luego se detuvo.

“Las baterías se agotaron”, dijo Emily. "Tenemos suerte

Eso no sucedió hace unos minutos”.

¡Chocar!

"¿Qué fue eso?" Sam se dio la vuelta.

Una cobra de hielo gigante se deslizó por la ventana rota de la cocina.

"¡Guau!" Billy pronunció un grito muy sorprendido.
“¡Es... es nuestra escultura! ¡También ha cobrado vida!

“Hhhh-come.” La enorme serpiente agitó su espantosa lengua. "Dame tu calor, ¡ahora!"

UNAS VACACIONES ALEGRE

El cuerpo gigante del Krusher se lanzó hacia mí.
“¡Aaargh!” él gruñó. Sus músculos se hincharon. Su rostro brillaba de sudor. Sus manos gigantescas, cada una más grande que mi cabeza, formaron su famoso Monster Grip que aplasta huesos.

“¿Beth?” Mi hermana mayor, Jody, llamó desde el vestíbulo. "¿Dónde estás?"

De mala gana aparté la mirada del combate de lucha en la televisión. El Krusher acababa de encerrar a su oponente, Gorgon, en el Monster Grip. El luchador más pequeño luchó por escapar.

"Estoy aquí", llamé.

Jody apareció en la puerta del estudio. Ella todavía llevaba su abrigo. Mi perro, Ivory, levantó la vista desde su lugar frente al fuego. Luego bajó la cabeza y volvió a dormir.

"¡Adivina lo que encontré!" Jody dijo emocionada. Ella levantó una bolsa de compras con lazos navideños.

encima de eso.

Me encogí de hombros. Es posible que Jody y yo solo tengamos un año de diferencia de edad. Pero estamos separados por décadas en lo que respecta a nuestras personalidades.

¿Por qué me importaría lo que había comprado en el centro comercial? Aún así, decidí que debería intentar parecer interesado. Después de todo, la Navidad era la semana que viene.
Quizás Jody me estaba dando un adelanto de mi presente.

Jody abrió la bolsa y sacó una cinta de vídeo.
"¡Échale un vistazo!" Ella lo levantó.

Gemí cuando reconocí la imagen de la caja. "Oh, no. ¡No Holly Jolly Holiday! Es la película navideña favorita de Jody. También es el que menos me gusta. Es una historia tonta y cursi sobre el espíritu navideño.

Odio todo sobre eso. Odio especialmente a su heroína. Susie Snowflake es más amable que Santa y más alegre que el Conejo de Pascua. Realmente repugnante.

“¿No es suficiente con que salga en la televisión dieciséis veces al día?” Yo pregunté. "¡No es posible que quieras ver que es más que eso!"

Jody abrazó la cinta contra su pecho: “Podría verla cien veces al día y nunca cansarme de ella”, dijo. “Tengo suerte de haberlo encontrado. La señora de The Christmas Shoppe dijo que es la única copia que ha visto en su vida”. Jody dio un paso adelante para introducir la cinta en el vídeo.

"¿No puedes mirar más tarde?" Lloré. "Wrestle-0-Rama está en marcha".

Jody miró la televisión. El Krusher se estaba poniendo-

Estaba listo para saltar de las cuerdas sobre la cabeza de Gorgona. Mi hermana arrugó la nariz. A ella no le gusta la lucha libre. "Lo siento", dijo dulcemente. "Mamá dijo que es mi turno".

Sabía que no debía discutir. Mi madre me había dicho que apagara la televisión hace una hora.

"Puedes quedarte y ver la película conmigo si quieres, Beth", ofreció Jody.

“Preferiría comerme un reno”, murmuré. Pero no tenía nada mejor que hacer, así que me quedé.

La cinta empezó. Susie Snowflake salió bailando de la cocina, sacudiendo su cabello rojo hasta los hombros. “¡Galletas navideñas para tentar tu barriga!” dijo alegremente. “¿Cuáles son las palabras mágicas?” Sus hijos chillaron de alegría. "¡Bastante pequeño, por favor, con árboles de Navidad!" ellos lloraron.

Gruñí. Casi había olvidado lo horrible que es esta película. Vi cómo Susie Snowflake difundía la alegría navideña por todo su vecindario. Ella bailó. Ella cantó. Horneó docenas de galletas.

Luego Susie visitó a un vecino gruñón. Ella quería traerle el espíritu navideño. Cantó una canción geek sobre risas navideñas y sonrisas de Papá Noel. Luego ella se acercó para matar.

Su sonrisa se hizo más brillante. Ella sacudió su cabello rojo. Ella abrió los brazos. “¿Quién puede resistirse a un abrazo navideño?” ella chirrió.
"¡Puedo!" Dije, saltando.

"Sssssh", Jody me hizo callar. Tenía los ojos pegados a la pantalla.

Subí a mi habitación y saqué la edición de diciembre de la revista Wrestle-O-Rama. El Krusher estaba en la cubierta, de pie junto a un oponente encogido de miedo. Jody me había regalado una suscripción la Navidad pasada. Espero que ella esté planeando
Renovarlo este año, pensé. Me recosté para leer.

El número estuvo lleno de artículos interesantes. Me tomó mucho tiempo leerlos todos. Cuando terminé, noté que un olor delicioso flotaba arriba. Decidí investigar. Olía como si papá hubiera empezado a hornear durante las fiestas.

Dejé la revista a un lado y corrí escaleras abajo. "¿Papá?" Llamé, corriendo hacia la cocina. Nadie estaba allí. Pero varios lotes de galletas navideñas se estaban enfriando sobre el mostrador. Cogí una galleta en forma de estrella. Aún tibio.

"¿Papá?" Llamé con la boca llena. Me dirigí a la guarida. “¿Yo, papá? ¿Dónde estás?"

Mi madre y Jody levantaron la vista del televisor. “¡Ssssh!” ellos dijeron. Estaban viendo Holly Jolly Holiday.

Puse los ojos en blanco. Había estado leyendo durante al menos un par de horas. Eso significaba que debían haber empezado la cinta de nuevo. No podía creer que alguien quisiera ver esa película ni siquiera una vez, y mucho menos dos veces seguidas.

"¿Donde esta papa?" Yo pregunté. "Quiero decirle que sus galletas son increíbles".

“Está en el garaje”, respondió mi madre, “pero no hizo las galletas. Hice."

"¿Tú los hiciste?" Yo dije. Entonces me reí. Mi madre no hornea. Nunca se acerca a la cocina si puede evitarlo. Lo único que hace son tostadas. E incluso quema esa mitad del tiempo.

"¿Estás bromeando, verdad?" Yo dije.

Mi madre sonrió. “Sé que normalmente no me gusta hornear. Pero estaba viendo esta hermosa película con tu hermana y de repente sentí la necesidad de hacer unas galletas navideñas para tentar tu barriga”.

No podía creer lo que decía mi madre. Lo que fue aún más extraño fue el sonido de su voz. Entonces de repente me di cuenta de quién sonaba. ¡Parecía Susie Snowflake!

Miré la pantalla, donde Susie estaba bailando claqué con Santa. "Muy gracioso, mamá", dije. Obviamente se trataba de algún tipo de broma. Probablemente Jody había obligado a mamá a hacerlo porque sabía que yo odiaba a Holly Jolly Holiday.

Antes de que pudiera decir algo más, noté algo que me dejó boquiabierto. ¡El cabello rubio de mi madre se había vuelto rojo claro!

“¿Qué le hiciste a tu cabello?” Yo pregunté. Luego miré a Jody. Su cabello hasta la cintura era incluso más rojo que el de nuestra madre. Ivory levantó la vista desde su lugar junto al fuego crepitante. Dejó escapar un pequeño ladrido. Miré a mi perro y fruncí el ceño. Su pelaje blanco tenía un tinte rosado,

"¿Que está pasando aqui?" Yo pregunté.

"¿Qué quieres decir, querida?" preguntó mi madre.

"¿Eh?" Mamá nunca me llama "querida". Susie Snowflakes llama a la gente "querida".

"Esto ya no tiene gracia", dije.

Mamá no respondió. En cambio, ella y Jody comenzaron a cantar la cinta. “Donde los Papá Noel bailan y los niños juegan, es una fiesta Holly Jolly...”

No pude soportarlo más. Salí apresuradamente de la habitación. Mi madre y mi hermana estaban actuando muy raro. Probablemente pensaron que era gracioso, pero a mí no, en absoluto.

Me detuve fuera del estudio. Acababa de ver mi reflejo en el espejo del pasillo. ¡Mi cabello rubio oscuro tenía un ligero tinte rojizo!

Me miré fijamente. Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras intentaba pensar en una explicación. ¿Hubo una fuga química en la casa que estaba afectando el color del cabello de todos? ¿Le pasaba algo a mis ojos?

Tenía que descubrir qué estaba pasando.

Encontré a mi padre en el taller de su garaje. Estaba trabajando en el regalo de Navidad de Jody, un elegante joyero. "Hola, BB", dijo. Ese es su apodo para mí.

"Papá, mira mi cabello", le dije. "¿Notas algo?"

Echó un vistazo de cerca. "Se ve rojo", dijo. "¿Lo coloreaste?"

"No." Le conté toda la historia. “Al principio pensé que Jody y mamá le estaban gastando una broma.

yo", terminé. "Pero ahora creo que es más serio que eso".

"Una broma, ¿eh?" Dijo papá, frunciendo el ceño. "Parece como si le estuvieras gastando una broma a tu padre". Se acarició la espesa barba negra. "Bueno. ¿Cuál es el chiste?

"Lo digo en serio", insistí. "Entra y compruébalo por ti mismo. Su cabello es más rojo que el mío".
Mi padre suspiró y dejó sus herramientas. "Bien", dijo. "Puedo decir que no me darás paz hasta que vaya a buscar".

Me senté en un taburete y esperé a que regresara. Todavía estaba asustado, pero me sentía mejor ahora que papá estaba en el caso. Sabía que él no me creía, pero lo haría.

Esperé diez minutos, luego quince. Hacía frío en el taller. ¿Qué lo retenía?

Finalmente me di por vencido y entré. "¿Papá?" Llamé.

"Aquí, querida", llamó desde el estudio.

Querida? Pensé consternado. ¡Oh, no!

Entré al estudio. Lo primero que vi fue la televisión. Estaba sonando la última escena de Holly Jolly Holiday. Mi madre y mi hermana estaban sentadas en el sofá. Jadeé cuando los vi.

El cabello de mi madre llegaba hasta los hombros y era de color rojo brillante. Los extremos estaban levantados, como los de Susie Snowflake. ¡El cabello de Jody lucía exactamente igual!

Le pedí ayuda a mi padre. Pero casi

Grité cuando lo vi. Su cabello normalmente negro ahora era casi tan rojo como el de mamá. ¡Y a él le habían desaparecido la barba y el bigote!

"¡Papá! ¿Te afeitaste? Yo pregunté. No esperaba una respuesta. Miré a Ivory y vi que su pelaje era casi del mismo tono rojo que el de mamá y Jody.

¡De alguna manera, toda mi familia se estaba convirtiendo en Susie Snowflake!

“No te preocupes, querida”, dijo mi papá con una sonrisa. Señaló una fuente sobre la mesa de café. "Come algunas galletas navideñas para tentar tu estómago".

Casi alcanzo uno. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, retiré la mano. Este no era momento para un refrigerio.

"¡Oh, cariño!" Lloré.

Jadeé cuando me di cuenta de lo que acababa de decir. Eso me asustó más que todo lo demás junto. ¡Yo también estaba cambiando!

Me miré en el espejo sobre la chimenea. Efectivamente, mi cabello estaba más rojo ahora. También era uno o dos centímetros más largo que el largo habitual de la barbilla. Los extremos comenzaban a levantarse.

Fue la película. ¡Tenia que ser! Esa estúpida película de Susie Snowflake nos estaba cambiando a todos. Quizás no sea demasiado tarde, pensé. La película estaba terminando. Jody se levantó y fue hacia el vídeo.

"Sal de mi camino, querida", le dije. “Eh, quiero decir, Jody. Necesito esa cinta de vídeo”.

Jody hizo una pausa con el dedo en el botón de rebobinado. "¿Pasa algo, querida?"

"¡Deja de llamarme así!" Rompí. “Algo anda mal, realmente mal. Y tiene que ver con esa cinta. Dámelo”.

Jody expulsó la cinta. Pero en lugar de entregárselo, se lo puso detrás de la espalda. “¿Cuáles son las palabras mágicas?” preguntó con la melodiosa voz de Susie Snowflake.
Apreté los dientes. "Por favor", dije.

Mi hermana negó con la cabeza. Mis padres sonrieron. "Eso no es todo", cantó Jody. Ella se rió y movió un dedo. “Tienes que saber las palabras mágicas correctas, querida. De lo contrario, tendrás que esperar hasta que Papá Noel llegue a la puerta”.

Esa fue otra línea de Holly Jolly Holiday. "¡Callarse la boca!" Lloré. “¿No ves lo que está pasando? ¡Cualquiera que vea esa cinta de vídeo empieza a convertirse en Susie Snowflake! Tenemos que destruirlo antes de que sea demasiado tarde”.

Mi familia me miró sin comprender. Incluso Ivory me miró en blanco.

“¿Cuáles son las palabras mágicas?” Jody repitió alegremente.

Respiré hondo y traté de calmarme. ¿Cuál fue esa frase cursi de la película? Si pudiera recordarlo, Jody podría entregarme la cinta.

"Uh, ¿bonito, por favor, con una cereza encima?" Yo dije.
Jody negó con la cabeza.
“¿Por favor con un abrazo navideño?” Lo intenté.

Jody volvió a negar con la cabeza.

Me habían obligado a ver esa estúpida película.

bastante a menudo. ¿Por qué no puedo recordar la línea?

"¡Oh, galletas de azúcar!" Yo dije. No era en absoluto lo que quería decir.

Sólo había una cosa que hacer. Era arriesgado, pero no tenía otra opción.

Susie Snowflake conocía las palabras mágicas. Si me dejaba caer más profundamente bajo el hechizo, podría recordar las palabras. Y entonces podría conseguir la cinta.

Sólo esperaba poder salir a tiempo. De lo contrario, ¡P terminaría pareciéndose a Susie Snowflake para siempre!

Intenté relajarme. Tarareé algunos compases del tema musical de la película. Cogí una galleta y la mordisqueé. Al poco tiempo, pude sentir que las comisuras de mi boca se alzaban en una gran y brillante sonrisa. Me agaché para acariciar a la pelirroja peluda de Ivory.

Empecé a cantar. “Donde los Papá Noel bailan con pantalones rojos brillantes...”

Visiones de ciruelas azucaradas danzaron en mi cabeza. Tuve una repentina necesidad de hornear algunas galletas.

Quizás estaba dándole demasiada importancia a todo esto, pensé. Después de todo, ¿qué tiene de malo un poco de espíritu navideño?

Las palabras pasaron por mi cabeza. Palabras felices. Palabras navideñas. Una frase en particular. Por alguna razón, parecía importante. Pero no podía recordar por qué.

Me volví hacia Jody. Su bonito cabello rojo estaba recogido en las puntas. Ella estaba sonriendo.

Le devolví la sonrisa y dije las palabras que todavía rondaban por mi cabeza: ""¡Por favor, con árboles de Navidad!"".

"¡Eso es todo!" Jody puso la cinta de vídeo en mis manos. Lo miré fijamente. Holly Jolly vacaciones. ¡Qué hermosa película! Sería perfecto verlo ahora mismo.

Y amaba a Susie Snowflake. Ella era todo lo que siempre quise ser.

Di un paso hacia la videograbadora. Algo sonaba silenciosamente en la televisión. Lo miré con los ojos entrecerrados. Querida mía, ¿qué estaban haciendo esos hombres grandes? ¿Por qué intentaban lastimarse el uno al otro?

Uno de los hombres parecía muy familiar. "¿El Krusher?" Murmuré.

De repente, mis verdaderos pensamientos volvieron a inundarme. Todos estaban enredados y confundidos con los alegres pensamientos navideños de Susie Snowflake. Pero sabía lo que tenía que hacer.

"¡Aaargh!" Grité, igual que el Krusher.

Me di vuelta y arrojé la cinta de vídeo al fuego crepitante.
Mi familia gritó cuando la cinta se incendió. Ivory ladró salvajemente.

Mientras la cinta ardía, todas mis ganas de hablar, actuar y pensar como Susie Snowflake se desvanecieron. Ivory gimió y metió su fría nariz en la mano. Cuando lo miré, vi que su pelaje rojo ya se estaba volviendo blanco.

Toda la familia se reunió en el estudio el

Nochebuena. Todo parecía normal. El cabello de todos era de su color habitual. La barba de mi padre estaba tan espesa como siempre.

Mamá no había estado cerca de la cocina en días. Y Jody era la única que tarareaba el tema musical de Holly Jolly Holiday, lo cual en realidad era normal. No habíamos hablado de lo que había sucedido la semana anterior.

"Abre este a continuación", instó Jody. Me entregó un regalo envuelto en papel rojo y verde. "Sé que te va a encantar".

Abrí el paquete con entusiasmo. Jadeé cuando vi lo que había dentro. "¡Oh, vaya!" Lloré. "¡Gracias, Jody!"

Era una cinta protagonizada por Krusher. Lo metí en la videograbadora. "¡Wrestle-O-Rama presenta a Krusher en algunos de sus mejores combates!" dijo un locutor.

Entonces Krusher apareció en la pantalla, luciendo tan malo y peligroso como siempre. “¡Aaaargh!” gritó con rabia.

Sonreí con emoción. ¡Este fue el mejor regalo de Navidad de todos los tiempos! "¿Dónde lo encontraste?" Le pregunté a Jody. "No sabía que Krusher tenía su propio vídeo".

"Lo sé", respondió Jody. "La señora de The Christmas Shoppe dijo que es la única copia que ha visto".

POR QUÉ ODIO A JACK FROST

Miré por la ventana delantera de nuestra nueva casa en Arizona. No había árboles en el patio. Sin montones de nieve. Sin hielo. En cambio, sólo vi arena y cactus. Cactus alto, verde, espinoso y feo.

En lugar de una corona navideña verde, en nuestra puerta colgaba un círculo de chiles rojos. En lugar de nubes grises salpicadas de copos de nieve, un cielo azul brillante. Un cálido sol amarillo brillaba sobre todo.

"¡Odio el invierno aquí!" Lloré en voz alta.

"Por supuesto que sí, Jared", llamó mamá desde la otra habitación. “Tienes doce años y siempre has vivido en un lugar con inviernos nevados. Hay que darle una oportunidad al desierto. Aprenderás a amarlo”.

De ninguna manera, pensé.

“Mira el lado positivo”, dijo mamá. "En casa, no se podía andar en bicicleta durante las vacaciones de Navidad".

"Prefiero montar en mi trineo", murmuré.

Aún así, andar en bicicleta parecía una buena idea. Podría distraerme de la nostalgia que sentía. "Voy a salir un rato", llamé.

"¡Bien!" Mamá respondió. “Solo vuelvo antes de la cena. Esta tarde vamos a podar el árbol”.

Árbol. Ja. Miré el árbol de plástico verde en la sala de estar. Como todo lo demás en este invierno desértico, nuestro árbol de Navidad era falso.

Mi bicicleta estaba apoyada contra la pared frontal de

la casa. Mirando a mi alrededor pensé que incluso las casas tenían mal aspecto. Mi casa y todas las demás de nuestro nuevo barrio son de color rosa pálido. Todos ellos tienen techos planos. Parecen feas cajas de zapatos.

Pedaleé hasta el centro comercial. Encadené mi bicicleta y luego entré. La música navideña sonaba a todo volumen por los altavoces. La gente llenaba los pasillos. Todos estaban sonriendo. Todos parecían estar llenos de espíritu navideño.

Todos menos yo.
Quería ver a los compradores abrigados con abrigos y chaquetas gruesas. Pero todos vestían pantalones cortos y camisetas. No parecía Navidad. ¡Se sentía más como el 4 de julio!

Y luego lo vi.

En el centro del centro comercial había un alto abeto verde.
Se parecía a los árboles de Navidad que solíamos decorar en casa.

Corrí hacia allí. Un aroma especiado llenó el aire. El árbol era real. Estaba decorado con cientos de hermosos adornos antiguos. A
Un pequeño cartel decía que los adornos estaban a la venta. ¡Compré uno! Pensé. Eso hará que parezca más una auténtica Navidad.
Vi un gran adorno con la forma de una casa antigua. La casa tenía paredes de madera blanca y techo inclinado. El tejado estaba cubierto de nieve. Un pequeño elfo estaba en la puerta de la casa. Llevaba un traje verde y un pañuelo rojo. "¿Te gusta?" una voz se quebró en mi oído.

Levanté la vista. A mi lado estaba un hombre muy anciano. "Veo que extrañas el verdadero invierno", dijo el anciano.

“Estos adornos son la mejor opción. El que estás viendo es muy especial. Es el hogar de Jack Frost, quien trae el hielo”.

Levanté la mano para tocar el adorno. Se sentia ¡frío! Se preguntó si lo habrían guardado en el frigorífico o algo así. "¡Lo tomaré!" exclamé.

Le pagué al anciano, metí el adorno en mi mochila y corrí a casa. No podía esperar para colgar el adorno en nuestro árbol.

Pero tan pronto como vi el feo árbol en

nuestra sala de estar, cambié de opinión. El adorno era demasiado bueno para un árbol falso.

En lugar de eso, decidí colgar a Jack Frost y su casa encima de mi cama. De esa manera podría traer un poco de invierno real a mi habitación.

A la mañana siguiente miré por la ventana. No podía creer lo que veía. Todo estaba cubierto de blanco. ¡Una auténtica tormenta de nieve! Los copos eran tan espesos que el aire parecía blanco. El viento soplaba a ráfagas por el patio.

Rápidamente, busqué en mi armario mi parka. Luego salí corriendo. Empecé a rodar nieve para un muñeco de nieve. ¡Qué divertido!

Cuando se construyó el cuerpo, le metí palos de escoba en los costados para que le sirvieran de brazos. Luego le puse trozos de carbón en la cabeza para hacerle ojos, nariz y boca. Finalmente, coloqué un gorro de calcetín en la cabeza del muñeco de nieve.

"¡Buen trabajo!" -gritó una voz alegre. Me volví para ver a un elfo, vestido todo de verde. Tenía barba roja. Una larga bufanda roja colgaba de su cuello. Se parecía exactamente a Jack Frost en el adorno. ¡Había comprado!

Jack Frost chasqueó los dedos y el

¡Los ojos del muñeco de nieve parpadearon!

“¡Ahhh! Eso se siente bien”, dijo el muñeco de nieve con voz profunda y retumbante. Levantó los brazos hacia arriba y hacia abajo. Luego se volvió hacia mí.

"¡Corre hasta el estanque!" - retumbó. Él se alejó por una colina y yo corrí tras él.

Al otro lado de la colina había un hermoso y reluciente estanque. En la orilla del estanque había un par de patines para hielo. Eran exactamente de mi talla. Me puse los patines y comencé a deslizarme sobre el agua helada.

El muñeco de nieve patinaba a mi lado. Patinábamos cada vez más rápido. Podía sentir el viento helado mordiéndome la cara, ¡y fue genial! ¡Volví en invierno!

El muñeco de nieve y yo patinamos hasta el otro lado del estanque. Empezamos a hacer bolas de nieve y a tirárselas a Jack Frost. Las bolas de nieve volaban cada vez más rápido.

Después de un rato, me castañeteaban los dientes. "¡Creo que es hora de parar!" Tartamudeé.
El muñeco de nieve y Jack Frost desaparecieron en una lluvia de nieve.

Abrí mis ojos. Y levanté la cabeza de la almohada. Había estado soñando. Eché un vistazo a mi nuevo adorno para el árbol de Navidad. Jack Frost sonrió desde su pequeña casa.

Todo el día pensé en el sueño. ¡Había parecido tan real!

Pensar en patinar en el estanque helado me hizo temblar. Parecía que no podía calentarme. Me quité los pantalones cortos y me puse unos vaqueros y un suéter.

Después del desayuno, vino Tim, mi amigo que vive al lado. "Vamos, Jared", dijo. "Vamos a dar un paseo en bicicleta".

"No lo creo", respondí. "Esta muy frío. Creo que me quedaré adentro". Me acurruqué junto a la ventana con la luz del sol entrando. Pero los rayos dorados se sentían fríos, tan fríos como el hielo.

Esa noche tenía tanto frío que me acosté temprano. Apilé mantas adicionales para tratar de calentarme.

Tan pronto como cerré los ojos, Jack Frost me saludó. "¡Bienvenido de nuevo al verdadero invierno, Jared!" el exclamó. Jadeé cuando vi que en lugar de uñas, el elfo tenía carámbanos azules y afilados en las puntas de sus dedos. "¡Vamos a andar en trineo!"

Seguí a Jack Frost por una colina larga y resbaladiza. El viento sopló aún más fuerte que en el primer sueño. Me estremecí. En la cima de la colina había un trineo rojo brillante. Subí detrás de Jack Frost. Estaba temblando tanto que apenas podía sujetarlo.

"¡Vamos!" gritó el elfo.

El trineo descendió colina abajo. Aceleró cada vez más rápido. El viento frío silbaba en mi cara. Podía sentir mis mejillas congelarse. El trineo zigzagueaba por la empinada pendiente.

Me aferré tan fuerte como pude. Miré hacia adelante. El trineo se dirigió hacia el borde de un acantilado. Más y más rápido.
Mi corazón comenzó a latir con fuerza.

"¡Detener!" Grité. "¡Detener!"

Me desperté. El sol de última hora de la mañana entraba por la ventana. Pero mi cara se sentía húmeda y fría. Mis dientes castañetean.

Miré el adorno de Jack Frost encima de mi cama.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Sólo mirar el adorno me hizo sentir más frío.

Abrí el armario y busqué en un baúl de ropa de casa. Me puse unos calzoncillos largos debajo de los vaqueros, luego una camisa de manga larga, luego un suéter y luego una sudadera. Todavía sentía tanto frío que apenas podía mover los dedos.

Saqué el adorno del poste de mi cama. Ya no lo quería en mi habitación. Lo bajé y lo colgué del árbol de la sala.

¡Qué bonito adorno! exclamó mi madre.

"Es Jack Frost", le dije. Ella me miró entrecerrando los ojos.
"Hablando de Jack Frost, ¿por qué llevas toda esa ropa?"

"¡Tengo mucho frío!" Le dije.

"¿Frío?" ella respondio. “¿Cómo puedes tener frío? ¡Hoy hace setenta grados! Ella puso su mano en mi frente. "No parece tener fiebre", dijo. "Pero será mejor que te quedes adentro, por si acaso".

Pasé el día en mi habitación viendo televisión, bebiendo sopa caliente, tapada con mantas.

Decidí que mamá tenía razón. Debo estar enfermo. Eso

Por eso sentí tanto frío. Pensé que lo único que necesitaba para recuperarme era dormir bien por la noche.

“¡Vamos, Jared! ¡Hagamos ángeles de nieve! Jack Frost me saludó. ¡No podía creer que estaba teniendo otro sueño invernal!

Seguí al elfo hacia la nieve. Jack Frost me empujó hacia el profundo y húmedo lodo. “Mueve los brazos en círculos”, me dijo. "Haz alas de ángel".

Mis brazos seguían moviéndose de un lado a otro en la nieve. Y ahora me di cuenta de que me estaba hundiendo en la nieve. Miré hacia arriba. Jack Frost estaba muy arriba. Muros de nieve se levantaron a todos lados a medida que me hundía más y más.

Luché por sentarme. Pero cuanto más luchaba, más profundo me hundía y más frío sentía.

Observé con horror cómo Jack Frost arrojaba una pala de nieve encima de mí. La nieve me golpeó la cara con fuerza y me cubrió los ojos. ¡Me estaban enterrando vivo! ¡Enterrado vivo en una tumba de nieve!

Cuando desperté, ya era de mañana. Un sol brillante entraba por la ventana de mi dormitorio. Me acerqué para tocar el cristal de la ventana. Hacía tanto frío como un cubito de hielo.

Temblando, me vestí con toda mi ropa de invierno. Luego me puse mi gruesa parka y mi gorro de lana y bajé las escaleras.

El adorno de Jack Frost brillaba en el árbol de Navidad familiar. Lo arranqué del árbol y lo metí en mi bolsillo. Salí corriendo por el patio trasero. El cactus se horneó bajo el sol amarillo. Pero no pude sentir nada del calor. me sentí

Sólo escalofrío, por todo mi cuerpo.

Salí al callejón. Quité la tapa del bote de basura y metí el adorno en él, de manera

Estoy profundamente cubierto de cáscaras de naranja y cáscaras de huevo podridas.

"¡Eso es eso!" Dije en voz alta. "¡Hasta luego, Jack Frost!"

Esa noche, mis padres y yo nos quedamos despiertos hasta tarde envolviendo paquetes navideños. Sentí tanto frío que me dejé puestos los guantes. Estaba temblando tanto que no pensé que podría conciliar el sueño.

Pero en el momento en que cerré los ojos, Jack Frost regresó.

"Vamos, Jared", instó el elfo. "Vamos a jugar en la nieve".

"¡No!" Grité. “¡No quiero! ¡Déjame en paz!"

"¡De ninguna manera!" -exclamó Jack Frost-. Me agarró las manos. La piel de mis manos se congeló contra las suyas. Tuve que seguirlo hasta el campo frío y nevado.

El muñeco de nieve que P había construido estaba allí, dentro de un fuerte de nieve. "¡Vamos, Jared!" lloró. "¡Juguemos en la nieve!"

No, pensé. ¡No lo haré! Pero sentí que subía al fuerte de nieve. Tuvimos una interminable pelea de bolas de nieve.

Después de un rato, sentí tanto sueño que apenas podía

mover. "Quiero irme a dormir", le dije a Jack Frost.

"Puedes tomar una siesta en mi casa", me dijo Jack Frost.

Me llevó a través del campo nevado. Debajo de un gran árbol se alzaba una casa antigua y de aspecto familiar. ¡Me di cuenta de que era la casa de Jack Frost por el adorno!

Delante de la casa había un pequeño árbol de Navidad.
Me dirigí hacia la puerta de la casa.

"¡No tan rapido!" Jack Frost me detuvo. “Primero debes ayudarme a decorar mi árbol”.

"¿Qué quieres decir?" Pregunté.

Les abrió el camino detrás de la casa, hacia un callejón. Un callejón de aspecto familiar. El callejón detrás de mi propia casa,

"Continúa, Jared", dijo Jack Frost con severidad. “Saca el adorno del bote de basura”.

“Si no lo haces, tendrás aún más frío”, advirtió.

Sentí mucho frío... y mucho sueño. Quité la tapa y metí la mano en la basura congelada. Encontré el adorno y lo recogí. Luego seguí a Jack Frost hasta el frente de su pequeña casa.

"Cuélgalo en el árbol, Jared", ordenó.

Colgué el adorno en el árbol. La puerta de la casa de Jack Frost se abrió de golpe. Entré. Era pequeño y estaba ordenado por dentro. En la chimenea ardía un fuego. Pero no desprendía ningún calor. No me importó. Tenía mucho sueño. Me acurruqué frente al fuego y

se quedó dormido.

El cálido sol me golpea la espalda. Miré hacia el cielo azul. Estaba en el patio trasero de mi casa en Arizona. Por alguna razón estaba vestido con capas y capas de ropa.

El sol feroz me golpeaba. El sudor corría por mi cara. Me quité la parka, el jersey, los calzoncillos largos. Me desnudé y me quedé en bañador.

Pero no ayudó. Corrí a la casa de los vecinos de al lado. El agua clara de su piscina parecía fresca y atractiva. Empecé a correr y salté.

Pero el agua no estaba fría.

¡Estaba hirviendo!

Y luego me di cuenta de que todo esto era parte de un nuevo sueño.

Despierta, me dije. Despierta ahora.

Cuando abrí los ojos, la piscina ya no estaba. El agua caliente y humeante se había acabado.

Estaba de regreso en la casita de Jack Frost.

Carámbanos colgaban de las ventanas, en el interior.

Hacía frío, mucho frío.

Jack Frost entró en la habitación. "Buenos días, Jared", dijo. “Te escuché llorar mientras dormías. ¿Tuviste un mal sueño?

"¿Eh?" Me senté, sintiéndome aturdida. "Tú eres el malo

¡sueño!" Lloré. “¡Estoy soñando ahora! ¡Y cuando me despierte, estaré en mi agradable y cálida cama en mi nueva casa rosa en la cálida y soleada Arizona!

El elfo torció el rostro confundido. "¿Arizona? ¿De verdad crees que vives en Arizona?

"¡Por supuesto que sí!" Grité. “Y cuando me despierte...”

No me dejó terminar. Me sacó afuera. El suelo yacía cubierto de nieve. Y caían copos pesados.

"Aquí es donde vives, Jared", dijo Jack Frost en voz baja.

"¡No!" Grité. “¡Nooooo! ¡Estoy soñando! ¡Lo sé! Pm -"

Paré porque algo en El árbol de Navidad de Jack Frost me llamó la atención.

El adorno.

El adorno de cristal.

Me acerqué. Lo acercó y jadeó horrorizado.

Dentro del adorno, bajo un sol abrasador, se encontraba una casita rosa rodeada de cactus.

"¡Esa es mi casa!" Lloré. “¡Mi casa en el desierto!”

Jack Frost limpió suavemente la nieve de mi hombro. “Pobre chico”, murmuró. “Ese adorno debe haberte dado pesadillas. Tú vives aquí. Con

a mí. Ahora vístete y tendremos una larga y agradable pelea de bolas de nieve".

SORPRESA DE MALVASCO

"¡Más rápido! ¡Más rápido!" Marsha Zane chilló.

Su trineo cruzó la nieve. Dejó escapar un grito y se lanzó por la ladera helada de Spooner Hill.

Sus hermanos, Ricky y Ronnie, pasaron rápidamente junto a ella.

¡Apártate de nuestro camino, lento! Ricky gritó.

"¡Pasando!" - gritó Ronnie.

Los trineos arrojaron nieve sobre la cara de Marsha.

"¡El eneldo los atrapará, geeks!" ella gritó. La nieve le hizo cosquillas en la cara mientras se elevaba detrás de los niños.

Marsha tiene doce años y no estaba dispuesta a permitir que un terror de nueve años y una amenaza de ocho la derrotaran en una carrera de trineos. ¡De ninguna manera!

Condujo su trineo por una curva cerrada. El viento helado le hizo llorar los ojos. ¡Pero ella se estaba poniendo al día! Parpadeó con fuerza y miró fijamente al pie de la colina.

Oh, no.

"¡Estar atento!" les gritó a los chicos. "¡Nos dirigimos directamente al jardín de la señora Spooner!"

Demasiado tarde.

"¡No puedo parar!" Gritó Ricky.

Los niños y Marsha pasaron corriendo junto al gran cartel de PROHIBIDO EL PASO de la señora Spooner. Sus trineos saltaron sobre un enorme montón de nieve y se elevaron

por el aire, hacia el jardín de la señora Spooner.

El trineo de Ricky aterrizó en un rosal espinoso. Aulló de dolor.

Entonces el trineo de Ronnie patinó y cayó sobre un arbusto congelado. Ronnie cayó al suelo con un fuerte gruñido.

El trineo de Marsha atravesó el centro del jardín. Voló sobre macizos de flores helados y ramas heladas.

Nada podría detenerlo. ¡Excepto el buzón de la señora Spooner!

—gritó Marsha. Su trineo se estrelló contra el poste de madera del buzón. El poste fue borrado. Marsha se deslizó hacia adelante y... ¡PUM! Su cabeza golpeó el poste de madera.

"¡Guau!" Marsha gimió. Ella se frotó la cabeza. Luego miró hacia el alto buzón blanco, justo a tiempo para verlo inclinarse hacia un lado. Y caer al suelo.

Ricky y Ronnie se levantaron y se sacudieron.

“¿Estás bien, Marsha?” Ricky llamó.

Marsha se sentó. Podía sentir un bulto que ya se hinchaba bajo su corto cabello rubio.
“*Supongo”, murmuró.

"Sí, pero mira el buzón", señaló Ronnie. “Espera hasta que la señora Spooner vea eso. Eres carne muerta, Marsha.

Marsha estudió el buzón roto. El

El poste de madera estaba agrietado y el metal blanco crujía. Fue completamente destruido.

A Marsha se le hizo un nudo en el estómago. "Tal vez pueda ofrecerme a pagarlo", murmuró nerviosamente.

"Sí claro. Sabes que la señora Spooner te atrapará ahora", dijo Ricky. "¿Recuerdas la vez que llamó a la policía porque Sparky excavó en su jardín?"

"Olvídalo", añadió Ronnie. "¿Recuerdas la vez que llamó a papá solo porque cruzamos la esquina de su jardín camino a la escuela?"

Marsha empezó a temblar. El viento se sentía más frío que antes.

"¿Sabes lo que me dijo un niño?" -susurró Ricky-. "Dijo que escuchó que la señora Spooner
¡Entierra a los niños en su jardín!

"Eso es tan estúpido", se burló Marsha. "Ella no nos va a hacer daño. Ella es simplemente mala, eso es todo".

"Por eso es tan divertido gastarle bromas", dijo Ricky. "¡Se vuelve realmente loca!" "Mi favorito es tocar el timbre y salir corriendo", dijo Ronnie, sonriendo.
Marsha frunció el ceño. "Bueno, probablemente esa sea la razón

La señora Spooner es muy mala. Al menos pidamos disculpas por derribar su buzón".

Los chicos jadearon.

"¡De ninguna manera!" Ricky farfulló. "¡Vamos a salir de aquí! ¡Ahora!"

“¡Sí, antes de que nos atrape!” añadió Ronnie.

Los chicos agarraron a Marsha por los brazos. Se dieron la vuelta y se quedaron sin aliento.

El camino estaba bloqueado... ¡por la señora Spooner!

La mujer alta y delgada miró a los niños. Su largo cabello blanco estaba recogido en un moño. Sus finos labios estaban apretados. La piel alrededor de sus ojos de color marrón amarillento estaba arrugada como un periódico viejo.

“¡Buen día para montar en trineo!” La señora Spooner se rió entre dientes.

“¿Eh?””. Marsha no podía creerlo.

¡La señora Spooner realmente estaba sonriendo!

La anciana miró el buzón roto. El corazón de Marsha se hundió.

"Veo que ha tenido un accidente", dijo la señora Spooner en voz baja. "Espero que nadie haya resultado herido".

Marsha se frotó la cabeza. “Tengo un pequeño bulto”, respondió ella. “No te preocupes, estoy bien. Pero tu buzón está arruinado”.

La señora Spooner negó con la cabeza. “Oh, eso se puede arreglar”, dijo. “Siempre y cuando ustedes, niños, estén bien. ¡Debes tener frío!"

Los chicos se estremecieron y se acercaron a Marsha.

El viento helado empezaba a hacerles castañetear los dientes.

“Sé exactamente lo que necesitas”, sugirió la señora Spooner. “¡Una taza grande de mi chocolate caliente especial! ¿A ustedes, muchachos, les gusta el chocolate caliente?

Ricky y Ronnie se miraron nerviosos.

“Um, no, gracias. No queremos causarle ningún problema”, dijo Marsha. Ella miró hacia el cielo. La tarde lo había vuelto todo gris. Una luna pálida y llena se elevaba detrás de los árboles desnudos.

"¡No hay ningun problema!" dijo la anciana. “¡Entra! Insisto”.

La señora Spooner se volvió y salió al porche delantero. Marsha la siguió.

Ricky agarró a Marsha del brazo. "¿Estás loco?" él susurró. "¡Es un truco!"

"No quiero entrar allí", gritó Ronnie.

Marsha les tiró de los brazos. "Vamos. No podemos decir que no. No es cortés."

Los niños miraron temerosos la casa grande y antigua. Marsha se dirigió a la puerta principal. Ricky y Ronnie lo siguieron lentamente.

"¡Adelante! ¡Adelante!" La señora Spooner hizo una seña.

Entraron en un gran vestíbulo con papel pintado de flores. Marsha miró a su alrededor. Señora. Spooner había vivido allí desde siempre, pero Marsha nunca había estado dentro.

Las velas encendidas en la pared proyectan sombras espeluznantes. Todas las puertas del pasillo estaban cerradas.

Marsha se quitó la parka de esquí y la nieve goteó sobre el suelo. Los muchachos intentaron limpiar sus grandes botas de goma en la alfombra, pero el barro llegó hasta el pasillo.

La señora Spooner frunció el ceño. Entonces vio la mirada de Marsha y sonrió.

“Eso se puede borrar de inmediato”, dijo. “Hace mucho tiempo que no tengo compañía. ¿Qué es un pequeño desastre?

Los niños se dieron vuelta para seguir a la señora Spooner por el pasillo. ¡La puerta principal se cerró detrás de ellos con un fuerte BANG!

Marsha gritó y los chicos se dieron la vuelta.

La señora Spooner se rió. “Es el viento”, explicó. "Estas casas antiguas tienen muchas corrientes de aire".
Marsha se estremeció.

“Entra y siéntate en la cocina, donde hace calor”, ofreció la señora Spooner. Se giró y condujo a los niños hasta el final del pasillo. Abrió una puerta de madera chirriante.

Marsha jadeó. Los estantes de la cocina estaban cubiertos de ceramizado con miles de botellas y frascos. Del techo colgaban espesas plantas y flores secas. En un rincón, en una gran estufa negra, crepitaba y silbaba el fuego. La habitación estaba llena de aromas extraños y especiados.

Marsha entró y miró nerviosamente a su alrededor.

¿Qué hay en todos esos frascos? Ella se preguntó.

Ella miró más de cerca. Los frascos de vidrio para conservas estaban llenos de granos, semillas, raíces y bayas... y muchas cosas raras que Marsha no podía identificar. Se inclinó hacia adelante para estudiar un frasco.

Su corazón se detuvo.

¿Estaban esos globos oculares en ese frasco?

¡Globos oculares humanos!

Abrió la boca para gritar, pero se detuvo. Ella volvió a mirar el frasco.

No. No globos oculares. Cebollas blancas pequeñas.

Relájate, Marsha, se dijo. ¡Estás actuando tan estúpido como tus hermanos!

"¡Siéntate! ¡Siéntate!" La señora Spooner insistió. “Calentaos junto a la estufa. Tomaré un poco de mi chocolate caliente especial.

Ricky y Ronnie se dejaron caer en dos mecedoras al lado de la estufa. Marsha se sentó a la mesa.

La señora Spooner sumergió un cucharón en una gigantesca olla burbujeante y lo removió. "Es una vieja receta familiar", dijo. “Tiene un ingrediente secreto: una hierba especial de mi jardín. Mi cacao tiene incluso un nombre secreto”.

"¿En realidad? ¿Cuál es su nombre?" —preguntó Marsha.

La señora Spooner sonrió y le guiñó un ojo. "Sorpresa de malvavisco", dijo en voz baja.

La anciana sirvió tres tazas de CACAO caliente.

¡Esa olla es tan grande! Pensó Marsha. ¡Debe tener suficiente cacao para todos los niños de la ciudad!

La señora Spooner entregó una taza a cada uno de los niños y luego a Marsha. "¡Aquí tienes!" ella dijo.

"Gracias", dijo Marsha cortésmente.

El rico olor a chocolate llenó la nariz de Marsha. Los niños se llevaron las tazas a la boca y tragaron.

"Excelente", dijo Ricky. "¡Impresionante!"

Ronnie estuvo de acuerdo.

Marsha tomó un sorbo del rico chocolate y sonrió. "Es tan bueno, señora Spooner", dijo. "¿Pero dónde están los malvaviscos?"

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la señora Spooner. “Ya verás”, dijo misteriosamente. "¡Beberse todo! ¡Beberse todo!"

Ricky y Ronnie tragaron su chocolate. Marsha tomó un sorbo del suyo lentamente.

"Mi familia nunca ha revelado la receta secreta", dijo la señora Spooner.

Ricky levantó la vista de su taza. "¿Por qué?" preguntó.

La señora Spooner le sonrió. "¡Verás!"

La anciana abrió de golpe la puerta de la vieja estufa negra. El fuego crepitaba suavemente.

Ella arrojó un registro. El fuego rugió, crepitando y ardiendo.

"Señora. Spooner”, dijo Marsha, “es muy amable de tu parte hacernos cacao. Pero afuera está oscureciendo.

Realmente tenemos que irnos”.

"Sí. Gracias”, dijo Ricky.

"Oh, no es nada", respondió la señora Spooner con una sonrisa maliciosa. “Solo te estoy devolviendo el dinero. Devolviéndote todo lo amable que has hecho por mí.

Marsha se aclaró la garganta. —¿Cosas de vecindad, señora Spooner? preguntó nerviosamente. “¿Qué cosas de vecindad?”

La mujer de pelo blanco cerró de golpe la puerta de la estufa. Se dio la vuelta y miró fijamente a los niños. La señora Spooner señaló a Ricky con un dedo largo y huesudo. "Vamos a ver. Golpeaste una pelota de béisbol
"Por mi ventana el verano pasado, Ricky", dijo.

Ricky tartamudeó y asintió.

La señora Spooner señaló al otro niño. "Y estrellaste tu bicicleta contra mi cerca el otoño pasado, Romnie".

Entonces la señora Spooner se volvió hacia Marsha. ¡Y tú, Marsha! Ella exclamo. “¡Hoy destruiste mi buzón! Y estoy seguro de que ibas a salir corriendo y dejarlo allí. Tal como lo hicieron tus hermanos después de que rompieron mi ventana y mi cerca”.

De repente, Marsha se sintió enferma. La señora Spooner sólo había fingido ser amigable para hacerlos entrar a su casa. ¡Los había engañado!

"Realmente tenemos que irnos", le dijo a la anciana. Los ojos de Marsha se volvieron hacia la ventana. Afuera está oscuro ahora. Una luna llena se cernía sobre el

árboles desnudos.

"Sí. ¡Tenemos que irnos... ahora! Ronnie insistió.

“¡Te lo advertimos...!” Ricky gritó estridentemente.
"¡Tienes que dejarnos ir!"

La cruel sonrisa de la señora Spooner se dibujó en su rostro. "No puedes", murmuró.
"¿Pero por qué no?" Marsha gritó con voz temblorosa:

“Por la sorpresa de Marshmallow”, respondió la señora Spooner, con los ojos brillando con entusiasmo. “Le puse un ingrediente especial a tu cacao. ¿Sientes que tus huesos comienzan a ablandarse? ¿Sientes que tus cuerpos se vuelven papilla?

"Pero... pero..." Ricky jadeó.

“El cacao te convertirá en malvaviscos”, se rió alegremente la señora Spooner. "¿Lo entiendes? ¡Tú eres la sorpresa de Marshmallow!

La anciana se cruzó de brazos frente a su pecho y esperó pacientemente a que los tres niños se convirtieran en papilla.

Marsha y los dos muchachos se levantaron. Y se volvió hacia ella lentamente.

Y mientras giraban, sus cuerpos empezaron a cambiar.

"Te advertimos que nos dejaras ir", dijo Marsha.

"Pero no nos escuchaste", murmuró Ronnie.

"Así que ahora", añadió Ricky, "tenemos una sorpresa para

tú."

Marsha lanzó un gruñido bajo mientras sus colmillos se deslizaban.

hasta la barbilla. Un espeso pelaje de lobo marrón brotaba de su cara, sus brazos y todo su cuerpo. Los niños levantaron sus hocicos de lobo hacia la luna llena y abrieron sus bocas con colmillos lanzando largos aullidos.

“¡Ustedes... ustedes son hombres lobo!” La señora Spooner chilló.
Sus últimas palabras.

Los tres lobos rugientes abrieron sus colmillos con avidez y se abalanzaron.
"Sorpresa de malvavisco", gruñó Marsha.

"¡Mmmm!" exclamaron los chicos.

MONSTRUO EN EL HIELO

En el momento en que entré a mi habitación, lo escuché. Había alguien en mi armario.

Me arrastré hasta la puerta del armario. Respiró hondo y la abrió de golpe. "¡Entendido!" Grité.

“¡Ya alí!” Mi hermana pequeña, Jessica, chilló. La agarré del brazo y la arrastré fuera del armario.

“¡Máximo! Me asustaste”, se quejó. Ella sacó su brazo de mi agarre.

"Sí, bueno, vas a estar muy asustada si te pillo jugando con mis cosas otra vez", le dije.

Jessica siempre está husmeando entre mis cosas. Mamá me dice que tenga paciencia, ella sólo tiene seis años, bla, bla, bla. Pero tropezar con mi hermana pequeña cada vez que me doy la vuelta es un gran lastre.

Lo peor es que todo el mundo siempre dice que nos parecemos. No lo veo. ¿Y qué pasa si ambos tenemos cabello castaño y ojos azules? Mucha gente lo hace.

Jessica es una niña débil. ¡Soy chico! Tengo doce años y soy deportista. Gané el Jugador Más Valioso dos temporadas seguidas para mi equipo de hockey.

"¿Qué estabas haciendo allí?" exigí.

"Sólo quería que me prestaras algo de tu ropa", dijo Jessica.

La miré fijamente. “Mi ropa no te queda bien”, dije. ¡Como si necesitara señalarlo!

"No para mí. ¡Por Apestoso!

La miré fijamente. "Jessica, si le pones mi ropa a Stinker, estás en un gran problema". Stinker es nuestro pastor alemán,

Jessica hizo un puchero. "Se vería genial".

T empujó a Jessica fuera de la habitación y la siguió hasta el pasillo. Cierro la puerta de mi dormitorio. "No vuelvas a entrar allí", le ordené.

Regresé a la cocina. Mitch Bowen y Steve Bell de mi equipo de hockey estaban sentados a la mesa, devorando galletas. Steve es mi mejor amigo.

"Hola, chicos", anuncié. “Ella estaba ahí arriba muy bien. Ella quería poner mi ropa en el

¡perro!"

“¡Awwww! Eso es tan lindo”, dijo Miteh en voz alta.

Todos nos reímos.
Busqué debajo de la mesa y le di unas palmaditas a Stinker. "No te preocupes, Stink", le dije. "No dejaré que Jessica te torture".

"¡Escuché eso!" Jessica estaba en la puerta. “¡No iba a torturarlo! Sólo iba a disfrazarlo”.

“Jessica está aquí. ¡Corre, Apestoso! Lloré. Mitch, Steve y yo nos reímos.

"Será mejor que seas amable conmigo", advirtió Jessica. "O no recibirás ningún regalo de Santa". Ella salió furiosa de la habitación.

“¡Ahora tengo miedo!” La llamé.

"¡Lo tengo! ¡Sí!" Jessica chilló. Tiró el envoltorio navideño al suelo. Levantó otra muñeca. No sabía dónde los pondría en su estante; ya tiene unos veinte.

"Tal vez con todas esas muñecas, dejarás de torturar a Stinker", bromeé.

“¡Yo no lo torturé!” ella respondió. "Acabo de ponerle tus calcetines y una de tus camisas".

Oh, hermano, pensé. Vistió a Stinker con mi ropa, incluso después de que le dije que no lo hiciera.

Pero no lo pensé por mucho tiempo. Cogí una caja grande con mi nombre. me arranqué

el envoltorio.

"¡Impresionante!" Lloré. “¡Nuevos patines de hockey!”

Ellos fueron increíbles. Eran de color negro brillante con rayas azules a los lados. Letras de color púrpura brillante gritaban MONSTER SKATES en el frente de la caja. ¡SÉ UN MONSTRUO EN EL HIELO! decía debajo de eso.

"¡No puedo esperar para probarlos!" exclamé. Me volví hacia mis padres. “¿Estaría bien si llamara a algunos de mis amigos y comenzara a jugar?”

“Claro, Max”, dijo papá.

"Llegar a casa a las cuatro", añadió mamá. "La abuela y el abuelo vendrán a cenar de Navidad".

"¡Trato!" Agarrando los patines, corrí hacia el teléfono.

"¡Yo también voy!" -gritó Jessica. Dejó caer su muñeca nueva y empezó a ponerse las botas para la nieve.
Me detuve y me di la vuelta. "¡No tu no eres!" Grité. “¡Mamá, dile que no puede venir!”

"Max tiene razón", le dijo mamá a Jessica. "Nadie puede vigilarte mientras Max patina".

"¡No es justo!" Jessica gritó. Corrió a su habitación y cerró la puerta de golpe.

Mamá suspiró. “Solo recuerda, a casa a las cuatro”

"Está bien, mamá", prometí.

Ocho de nosotros nos reunimos en el estanque media hora más tarde.

"Patines geniales", dijo Steve mientras nos sentábamos en un parque.

Beneh cambiándonos los zapatos.
Pisé el hielo. ¡Qué deslizamiento me dieron estos patines! Realicé movimientos largos y lentos. Luego cogí velocidad.
"¡Ve, Max!" Steve llamó. Estaba jugando en el otro equipo. "¡Realmente te estás moviendo!"
Noté que mis amigos me miraban boquiabiertos mientras pasaba. Estos patines me hacían ir más rápido que

¡Yo siempre tuve! Soy un monstruo en el hielo con estos bebés, pensé.
"Empecemos", gritó Mitch.

T agarró mi bastón y se deslizó hasta su posición con un WHOOSH. Estaba listo para la acción. "¡Déjame jugar con ese disco!" Declaré.

Pete Stanton puso el disco en juego. Estaba en eso en nada plano. SWISH, SWISH, SWISH: ¡mis patines prácticamente volaron! Me moví por el hielo con ese disco como si estuviera pegado a mi bastón.

Mis músculos ardieron con poder. Nadie podría tocarme. Steve intentó apartar el disco, pero con un giro rápido lo desvié fuera de su alcance.

Pete subió por el otro lado. ¡Ja! ¡No es bueno! Empujé el disco por el hielo.

“¡Máximo! ¡Yo!” -gritó Mitch-. Estaba abierto y quería que pasara. Pero no quería entregar el disco. Sabía que podía llegar hasta el final.
¡Hice!
"¡Puntaje!" Sonreé. Mitch y Steve aplaudieron.

"Impresionante", dijo Steve. Patinó a mi lado. "Te ves bien ahí fuera, amigo".

"Gracias." Pero no quería hablar. Quería

¡jugar! "¡Vamos!" Grité. Steve y yo patinamos hacia el centro del estanque.

Steve me miró fijamente. "Relajarse. Es solo un juego."

"Sí, sí", murmuré. Cogí velocidad. Con una oficina de spray, me deslicé en posición.

Mitch arrojó el puek. Steve lo recogió y se lanzó sobre el hielo.

"¡No!" I grité. Salí tras él. ¡Empujé mis músculos con fuerza, más fuerte! "¡Tengo que conseguir ese puek!" Lloré.

Patiné tan rápido que los otros jugadores eran apenas borrosos. Todo lo que pude ver fue ese disco.

Y el chico que lo tenía: ¡mi enemigo!

¡Vaya! Me detuve repentinamente. Trozos de hielo salpicaban alrededor de las puntas de mis patines nuevos.

¿Enemigo? ¿Steve? Negué con la cabeza. Steve era mi mejor amigo. Y este fue simplemente un juego divertido.

No es sólo un juego, susurró otra voz dentro de mí. ¡Ahora toma ese disco!

Con un gruñido, me empujé.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Quería ese disco. Lo deseaba mucho. Y Steve me lo estaba ocultando.

Me estrellé contra Steve. Duro. Él cayó.

No me importó.

Dejé caer mi bastón y agarré su abrigo mientras él

cayó al hielo. Entonces hice algo que me sorprendió.

¡Agarré el abrigo de Steve y comencé a sacudirlo! ¡Y mientras lo hacía, volví a gruñir!

“¡Máximo! ¡Max! Mitch gritó desde el otro extremo del estanque. "¡Cortalo!" Patinó hacia nosotros.

"¿Estás loco?" Steve lloró. Yacía tendido sobre el hielo.

Una parte de mí se sintió enferma.

Pero una parte de mí no lo hizo. Una parte de mí quería sacudir a Steve con más fuerza.

“¿Qué estás tratando de demostrar?” Steve exigió enojado.

Un sonido sordo y profundo salió de mí. “¡Grra!” Gruñí.

Steve y Mitch me miraron fijamente. Pude ver sus ojos estudiarme.
Encorvando los hombros, patiné hacia la salida.

"Oye, Max, ¿dónde estás..." comenzó a decir Mitch cuando pasé junto a él.

“¡Grrr!” ¡Gruñí y le chasqueé los dientes!

¡Vaya! ¿Qué me estaba pasando?

¡Estaba actuando como un monstruo!

Un monstruo en el hielo....

¡Los patines! Decidí. Mis nuevos Monster Skates me estaban convirtiendo en un monstruo.

Sabía que tenía que quitarme los patines. Crucé el charco en un tiempo récord. Los niños se dispersaron cuando pasé junto a ellos. Parecían aterrorizados.

No los culpé: ¡estaba aterrorizado!

Mi corazón latía con fuerza cuando salí del hielo. Medio corrí, medio tropecé hasta el banco donde estaban mis zapatos.

Me senté y me quité los guantes. ¡Mis manos! ¡Estaban cubiertos de un pelaje negro y espeso!

Levanté la mano y sentí mi cara. ¡Estaba cubierto de piel!

Tiré de los cordones del patín. Jugueteé con los nudos. Mis manos peludas se estaban volviendo cada vez más torpes. Estaban empezando a parecerse a patas.

Finalmente me saqué un patín. "Date prisa", me ordené. El siguiente salió. Aparté los Monster Skates de mí.

Me miré los pies. Unas uñas enormes y curvas habían atravesado mis calcetines. Un pelaje grueso y enmarañado asomaba por la parte superior.

Sentí mi estómago dar un vuelco. No te pierdas, Max, me dije. De alguna manera, logré quedarme quieto y respirar profundamente.

Los patines están apagados. ¿Funcionará?

Cerré los ojos y esperé.

Mi piel empezó a hormiguear. El pelaje se echó hacia atrás debajo de mi carne. No me dolió, sólo me pica y me hace cosquillas.

Miré hacia abajo. ¡Las uñas de los pies estaban desapareciendo en mis pies!

Empecé a sentirme más tranquilo. Menos emocionado. Menos enojado.

"Funcionó", dije en voz alta. ¡Sí! Mi voz era normal. No más gruñidos.

Agarré los patines y corrí a casa. Estaba jadeando cuando llegué a mi habitación. Metí los patines en el armario.

Necesitaba volver al estanque. Tenía que encontrar una manera de contarle a Steve lo que pasó.

Salí corriendo de la casa y corrí hacia el estanque.

Por suerte, algunos de los niños todavía estaban allí, incluido Steve.

Cuando me vio, Steve le dio un codazo a Mitch. Pronto todos los niños me estaban mirando.

¿Qué les iba a decir? ¿Que mis patines nuevos me convirtieron en un monstruo?

"Steve", dije. "Lo siento mucho, hombre".

Me miró fijamente. "Está bien", respondió.
“¿Pero por qué hiciste eso?”

"Fue mi... fue sólo una broma tonta", dije, bajando la cabeza. Me sentí tan estúpida y asustada. Como dije, Steve es mi mejor amigo.

"Bueno, no fue divertido", espetó.

"Lo sé. Lo siento mucho", murmuré.

"Está bien", respondió. "Supongo que vamos a patinar más, ¿vale? Hasta luego."

Steve se fue patinando con Mitch y Pete. No tenía patines, así que no podía seguirlos.

Caminé penosamente a casa. Steve y yo habíamos peleado muchas veces. Pero nunca antes había intentado lastimarlo. Me preguntaba si había perdido a mi mejor amigo para siempre.

Subí las escaleras hasta mi dormitorio. Puse mi mano en el pomo de la puerta.

Y se quedó helado.
Suena. Al otro lado de la puerta.

¡Oh, no! ¡Jésica!

¡Estaba husmeando en mi habitación otra vez! ¿Encontró los patines en mi armario?

Abrí la puerta de golpe. Ella se paró en medio de la habitación.

"Jessica..." Lloré sin aliento. "No te pusiste mis patines, ¿verdad?"

"¡De ninguna manera!" Respondió Jessica.

Di un suspiro de alivio.

"¡Se los puse a Stinker!" ella lloró.
"¿Eh?"

Me volví como una enorme criatura que gruñía

Saltó hacia mí desde el armario.
"¡Miralo a el!" Jessica se rió. "¡Es un monstruo en el hielo!"

EL HORROR DE DOBLE INMERSIÓN

"Vaya, Wynona", susurró Rachel. “¡Este lugar parece una heladería!”

"¡En realidad!" Estuve de acuerdo. "Desde hace unos cien años".

Rachel es mi gemela. Los dos tenemos el mismo cabello largo y oscuro. Los mismos ojos color avellana. El mismo lunar en nuestro brazo derecho. Nos parecemos exactamente.

Era casi medianoche. Rachel y yo habíamos llegado en un vuelo tarde. Ahora estábamos esperando en el vestíbulo vacío de Ice Cream Cone Ski Lodge a que un recepcionista se despertara y nos registrara.

Vinimos aquí porque el entrenador de nuestra escuela, el equipo de esquí, puso carteles. Dijeron que Ice Cream Cone Ski Lodge necesitaba instructores jóvenes para enseñar a los niños pequeños durante las vacaciones de invierno.

Enseñarías seis días. Luego, el domingo podrás esquiar gratis. Había que tener trece años para calificar. Rachel y yo tenemos trece años. Y había que ser un buen esquiador. No quiero alardear, ¡pero Rachel y yo somos súper esquiadores!

¡Las imágenes del póster hicieron que el albergue se viera tan genial! Todas las pistas llevan nombres de postres. ¡Hay Double-Dip Mountain, Banana Split, Whipped-Cream Peak y Coconut Sprinkles!

"Ahí está el empleado", dijo Rachel. "Iré a registrarnos. Tú quédate con nuestras cosas".

"Bueno."

Mientras esperaba, estudié el techo a rayas rosas y blancas del vestíbulo. Postes pintados para que parezcan bastones de caramelo. Paredes decoradas con murales de postres helados gigantes.

Podría tomar un batido de chocolate ahora mismo, pensé.

Sentí que alguien me miraba. Levanté la vista.

Un niño estaba de pie en un balcón que daba al vestíbulo. Llevaba una chaqueta de esquí amarilla. Parecía tener unos diez años. Su rostro estaba cubierto de pecas. Me sonrió y saludó. Le devolví el saludo.

Unos minutos más tarde, Rachel volvió corriendo hacia mí.

“Nos dio las llaves de la habitación 313”, dijo. Luego caminamos por un pasillo hasta un viejo ascensor. Entramos y poco a poco subimos al tercer piso.

Nuestra habitación estaba al final de un pasillo de color melocotón. La habitación 313 tenía paredes, colchas, alfombras y cortinas de color rosa algodón de azúcar.

Rachel y yo llamamos a mamá por cobrar para informarle que habíamos llegado sanos y salvos.

“Se supone que te reunirás con Margo, la directora de la escuela de esquí, mañana por la mañana a las ocho”, nos recordó mamá. "¡No llegues tarde!"

"Tengo sed", me quejé mientras desempacamos.

"Yo también", dijo Rachel. “Tengo un refresco caliente en mi mochila”.

Vi una cubitera de plástico con hielo sobre la cómoda rosa. "Debe haber una máquina de hielo", dije. "Iré a buscarlo".

Tomé el cubo de hielo y caminé de regreso por el pasillo color melocotón. Pasé el ascensor y doblé una esquina. Empecé a recorrer un largo pasillo. Las luces al final se habían apagado,

Estaba oscuro allí abajo. Realmente oscuro. Mi corazón latía con fuerza mientras caminaba por el pasillo.

¡Un fuerte estruendo me hizo saltar! Di un grito de sorpresa.

Entonces me di cuenta de lo que había sido el choque: un montón de cubitos de hielo cayendo. Me estaba acercando a la máquina de hielo.

Llegué a un nicho. Estaba tan oscuro que apenas distinguí la forma de una máquina de hielo plateada gigante.

Levanté su amplia puerta de metal. Miré dentro del gran congelador. El aire helado salió corriendo.

Los cubitos de hielo estaban en el fondo del congelador. Agarré la gran pala de metal. Me incliné. Me incliné tanto que mis pies se levantaron del suelo. Metí la pala en los cubos.

R Entonces algo se estrelló contra mi espalda... ¡fuerte!

Grité mientras caía de cabeza dentro de la máquina gigante. Mi cabeza golpeó el fondo frío y húmedo. Luché para ponerme del lado derecho mientras mi

Seream resonó dentro de la caja de metal,

Y luego lo vi. La puerta. ¡Estaba cayendo!

"¡No!" Lloré.

Extendí mis manos. Empujé la puerta con todas mis fuerzas.

La máquina escupió una lluvia de cubitos de hielo.

Se estrellaron contra mi cabeza.

Entonces, de repente, la puerta cedió. Me senté. Agarró el costado.

¿Quién me empujó”?

No vi a nadie.

Regresé a la habitación 313. Rachel me vio y jadeó.

Mi cabello goteaba agua helada sobre la alfombra rosa de algodón de azúcar.

"¿Me acabas de empujar hacia la máquina de hielo?" exigí.

"¿Disculpe?" Raquel lloró. "¿Por qué habría de hacer eso?"

"Bueno, ¡alguien lo hizo!" Rompí. Pasé junto a ella de camino a la ducha.

Dejé que el agua caliente me golpeara la cabeza durante mucho tiempo, intenté encontrarle sentido a lo que había sucedido.

"Apuesto a que alguien estaba gastando una broma", le dije a Rachel cuando salí de la ducha. "Apuesto a que pensaron que yo era otra persona".

Nos metimos en nuestras camas. Entonces Rachel dijo: Yo “¿Wynona? ¿Quieres esquiar de verdad en este viaje?

"Claro", dije. “¿Pero cómo podemos hacerlo? Sólo tenemos el domingo libre”.

"Es algo gemelo", dijo Rachel, sonriendo. “Vamos a turnarnos para enseñar en la escuela de esquí. Hay muchos instructores jóvenes. Sólo el recepcionista nos ha visto a ambos. Ambos tenemos parkas azules y pantalones de esquí. Mañana por la mañana iré sola a la escuela de esquí. Y puedes ir a las pistas. Después del almuerzo, cambiaremos”.

"Buen plan", dije. "No, ¡haz ese gran plan!"

A la mañana siguiente, a las ocho, Rachel se presentó ante Margo en la cabaña de la escuela de esquí al pie de Coconut Sprinkles.

¡Me dirigí al remonte hasta Banana Split!

Quedé con Rachel para almorzar en un bar lejos de la escuela de esquí. No queríamos que nos vieran juntos.

“Banana Split es genial!” Le dije a Raquel. "¡Tienes que intentarlo!" Sonreí. "Entonces, ¿cómo te fue con Margo?"

"Hasta donde ella sabe, sólo somos uno de nosotros", dijo Rachel. “Le dije que mi hermana tenía que quedarse en casa enferma”.

"¡Excelente!" Yo dije. "Entonces, cuéntame sobre los estudiantes

en nuestra clase."

"Bueno, Annie se esfuerza mucho", comenzó Rachel. “Y Wes está cogiendo el truco de los giros. Pero Bobby Judd... ¡qué mocoso! Siguió quitándome el gorro de lana. Me rogó que le diera una lección privada. También es un esquiador bastante bueno. Ni siquiera sé por qué está en la escuela de esquí.

“Lleva una chaqueta de esquí amarilla”, prosiguió. “Cuidado con Bobby Judd, Wynona. Es un terror”.

Rachel me informó sobre los otros estudiantes mientras comió. Luego me deseó suerte y se fue hacia Banana Split.

Me dirigí a la escuela de esquí. Me recordé a mí mismo decir que yo era Rachel.

Inmediatamente vi a Bobby con su parka amarilla. Él me estaba sonriendo.

Una mujer dentro de la cabaña de esquí me saludó desde una ventana. Tenía que ser Margo. Ella pensó que yo era Rachel. ¡Nuestro plan estaba funcionando!

Me arrodillé para ayudar a mi grupo a ponerse los esquís.

Bobby pasó esquiando y me quitó los guantes de los bastones de esquí.

"¡Ven a buscarme, Rachel!" se burló de mí.

Los otros niños de la clase no se molestaron en mirarlo cuando gritó. Supuse que estaban acostumbrados a que él se comportara mal.

Llevé a la clase por una barra I hasta la cima de Coconut Sprinkles. Un lado era una pendiente agradable y fácil.

Ahí es donde P daría mi clase. El otro lado tuvo una fuerte caída.

"Está bien", dije. “Junten los pies. Dobla tus rodillas."

Lo hicieron. Todos menos Bobby. Se alejó esquiando del grupo. Se lanzó detrás de todos los demás, agitando mis guantes en el aire.

Mis manos desnudas se estaban poniendo de un rojo brillante por el frío.

“Planta tus bastones de esquí y levanta el esquí izquierdo”, dije.

"¡Intenta obligarme, Rachel!" Bobby gritó desde detrás de un pino.

Apreté los dientes. Intenté no perderlo.

Estaba mostrándoles a los niños cómo girar cuando Bobby pasó esquiando. Me arrojó los guantes a la cara. "¡Quiero una lección privada!" el grito.

"Qué posibilidades hay", murmuré, poniéndome los guantes.

Regresé a mi clase. “Está bien, inclínate hacia tus curvas a medida que bajas la colina. Esta pendiente hoy está realmente helada y resbaladiza. Así que cava en los bordes de tus esquís. Tú primero, Annie. ¿Listo? ¡Ir!"

Annie empezó a bajar lentamente la pendiente. Ella giró hacia la izquierda.

"¡Buen giro!" Llamé. "Ahora vuelve al centro".

Pero Annie siguió hacia la izquierda.

Bobby empezó a seguir a Annie cuesta abajo.

"¡Ey!" Le grité. "¡Eso es peligroso!"

Annie me miró. "¿Qué?" ella llamó.

"¡Pon tu peso en tu otro esquí!" Le grité.

Annie se tambaleó y cayó a cámara lenta.

Bobby siguió dirigiéndose hacia ella. En el último segundo, se desvió. Luego corrió hacia el otro lado de la colina.

"¡Wes!" Llamé. "¡Ayuda a Annie a levantarse! ¡El resto de ustedes, esperen donde están! Ya vuelvo.

Me impulsé con mis bastones de esquí y corrí detrás de Bobby. Aceleré alrededor de un árbol. Patiné en una curva. Iba a toda velocidad.

¡Bobby se dirigía al lugar de entrega! Desapareció detrás de unos árboles.
Aceleré en su dirección.

Al pasar por un gran abeto, vi a Bobby sacar uno de sus esquís, justo en mi camino. Me desvié, tratando de esquivarlo.

Perdí el equilibrio. Rodeé mis brazos, tratando de mantenerme de pie. Pero fue demasiado tarde.

Me lancé hacia adelante. Me estrellé contra la nieve.

Mis esquís salieron volando. Intenté plantarme las botas de esquí. Pero la oficina de la corteza terrestre era demasiado resbaladiza.

¡Me estaba deslizando por la pendiente helada, en dirección al descenso!

La pendiente era una capa de hielo. Me deslicé cada vez más rápido.

El borde del precipicio ya estaba cerrado. ¡Realmente relajado!

Desesperadamente, me lancé hacia un lado y me estrellé contra un árbol.

Me quedé quieto, a centímetros del borde.

Intenté mover las piernas. Pero estaba todo enredado.

Los pensamientos pasaron frenéticamente por mi cabeza. Bobby... ¡ohhh! ¡Qué le haría a ese niño cuando me levantara! Si alguna vez me levantara...

Diez minutos después, volví pisando fuerte a la cima de Coconut Sprinkles. Llevé mis esquís al hombro. Tendría un hematoma en la espalda por el golpe contra el árbol. Pero estaba bien.

Mi clase estaba allí, esperándome.

“¿Estás bien, Raquel?” —Preguntó Annie.

"Estoy bien, Annie", dije. "Gracias."

Bobby apareció detrás de un árbol. Él se rió a carcajadas.

Nadie en la clase se rió con él. Probablemente les desagradaba tanto como a mí.

Bueno, pensé. Si ellos pueden ignorar a Bobby, yo también puedo. Y eso es lo que hice durante el resto de la tarde.

Esa noche Rachel y yo cenamos a horas diferentes. Sólo estábamos juntos dentro de la habitación 313. Nadie sabía que éramos dos.

Cuando Rachel y yo nos metimos en nuestras camas, dije: “¿Oye, Rach? Mañana, después de la escuela de esquí, le daremos a Bobby una lección privada”.

"¿Estás loco?" —Preguntó Raquel. “¿Después de lo que nos hizo?”

"Una lección privada para gemelos". Sonreí con malicia. “Lo llevaré a Banana Split. Te estarás escondiendo. Esquía colina abajo y luego apareces, ¡desde arriba! Seguiremos despegando y apareciendo, una y otra vez. ¡Se volverá loco!
"Buen plan." Raquel sonrió. "¡Vamos a hacerlo!"

"¿Poli?" Dije al día siguiente mientras mi clase hacía fila para la barra T. “Estoy libre esta tarde. ¿Aún quieres una lección privada?

"Puedes apostar que sí, Rachel", dijo Bobby, sonriendo.

"Nos vemos en la cima de Banana Split a las cuatro", le dije.

Pero Bobby negó con la cabeza. "Hazlo doble inmersión".

"¡Doble carga!" exclamé. “Pero esa es una pendiente de Diamante Negro. Double-Dip es sólo para esquiadores expertos”.

"Lo sé", dijo Bobby, todavía sonriendo.

"Está bien, Bobby". Le devolví la sonrisa. "Lo haremos doble inmersión".

Cuando terminó la escuela de esquí, volví corriendo a la habitación 313. Le conté a Rachel sobre el cambio de planes. Parecía preocupada.

“¿Pero cómo bajará Bobby?” ella preguntó. "No puede esquiarlo".

¡Tendrá que bajar en ascensor! Me reí. "¡Eso será tan vergonzoso!"

Salí hacia el ascensor Double-Dip.

Rachel debía seguirla en cinco minutos. Cuando bajé esquiando del remonte, vi a Bobby de inmediato. Era difícil pasar por alto su chaqueta de esquí amarilla. Como siempre, estaba sonriendo.

"Está bien, vámonos", lo llamé. "Sígueme."

Abrí el camino a través de la cima de la montaña. Conduje a Bobby al bosque de Double-Dip. Lejos en el bosque. Di muchas vueltas para darle tiempo a Rachel de esconderse detrás de un árbol encima de nosotros.

"Espera aquí un segundo, Bobby", dije en voz alta. "Quiero asegurarme de que este camino esté abierto". Y esquié colina abajo.

Tan pronto como me perdí de vista, me detuve. Esperé. Sabía que en cualquier momento oiría gritar a Bobby. ¡Estaría totalmente asustado cuando Rachel descendiera esquiando por encima de él!

Comencé a esquivar silenciosamente la colina. Tenía que estar preparado cuando llegara mi turno de salir y sorprender a Bobby.

Pasaron los minutos. No escuché nada. Esperé.

Nada.

Finalmente no pude soportarlo más. Me desvié hacia el lugar donde había dejado a Bobby. Pero

Cuando llegué allí, él no estaba allí.

Raquel tampoco.

"¿Poli?" Llamé. “¿Raquel?”

Nadie volvió a llamar.

Llamé de nuevo. Y otra vez. Pero nadie respondió.

El sol se estaba poniendo ahora. La luz era

desvanecimiento. Me quedé allí, llamando y llamando. Empecé a entrar en pánico.

Entonces escuché un débil grito: "¡Wynona!"

Rachel vino esquiando hacia mí.

"¿Dónde estabas?" ambos llamamos al mismo tiempo.

* ¡Yo he estado aquí!" Yo dije. "Justo donde dije que estaría".

"¿Aquí?" Raquel lloró. “¡Pero este es el pico más lejano! ¡He estado esperando al más cercano!

Nos miramos el uno al otro. ¿Cómo pudimos haberlo olvidado?

¡Double-Dip recibió su nombre por sus dos picos idénticos!

“¿Dónde está Bobby?” Rachel quería saber.

“Él estaba aquí cuando lo dejé”, le dije.

“¿Crees que bajó esquiando solo?” —Preguntó Raquel.

Negué con la cabeza. “No pudo. Es muy dificil."

"Tal vez tomó el ascensor", sugirió Rachel.

"Pero", susurré, "¿y si no lo hiciera?"

Ambos miramos hacia el sol poniente. Teníamos que hacer algo y rápido. Pronto oscurecería.

"Bajemos esquiando y veamos si podemos encontrarlo", dijo Rachel.

“¿Pero qué pasa si regresa aquí?” Yo pregunté. “¿Buscarnos?”

Raquel suspiró. "Tú esquías montaña abajo, Wynona", dijo. "Me quedaré aquí y veré si aparece".

"Pero..." Tragué. “¿Y si no lo hace?”

“Espero aquí media hora”, declaró Rachel, tratando de parecer tranquila. “Entonces bajaré esquiando. ¡Adelante, Wynona! ¡Apurarse!"

Apunté mis esquís montaña abajo. Me quité. Cada segundo contaba. La temperatura estaba bajando. El sendero estaba tan resbaladizo como el cristal. Me deslicé por todos lados. Pero seguí adelante. no pudimos
Deje a un niño aquí para que se congele, ¡incluso a un niño desagradable!

Al pie de la montaña, patiné hasta detenerme. Me quité los esquís y corrí hacia la cabaña de la escuela de esquí.

—¡Margo! Grité. "¿Has visto a Bobby?"

"¿Poli?" Margo frunció el ceño. “¿Bobby quién?”

"Uh... ¡no lo recuerdo!" Gruñí. "Pero

¡El está perdido! ¡Además de la doble inmersión! ¡Llama a la patrulla de esquí, Margo!

Margo hojeó rápidamente su libro de listas. "No", dijo, cerrándola. "No tenemos un estudiante llamado Bobby".

"¡Sí!" Lloré. “Tiene una chaqueta de esquí amarilla. Él siempre está sonriendo. Su rostro está cubierto de pecas. Bobby... ¡Judd! ¡Eso es todo! Judd”. Los ojos de Margo se agrandaron. Se llevó una mano a la boca.

"¡Hace años que no viene aquí!" ella murmuró.
"¿Quién no lo ha hecho?" I grité. "¿De qué estás hablando?"
Margo corrió hacia su escritorio. Empezó a hurgar en un cajón. Por fin sacó una vieja fotografía en blanco y negro. '
"Aquí", dijo, entregándomelo. “¿Es ese Bobby?”
Entrecerré los ojos ante la imagen. "¡Sí!" Lloré. "¡Ese es el!"

“Eso pensé”, dijo Margo. "Bueno, no lo encontraremos".

¿Qué quiso decir? Me quedé mirando la foto.
Fue Bobby, de acuerdo. Le di la vuelta.

En el reverso estaba escrito: BOBBY JUDD, 1954,

“¿Mil novecientos cincuenta y cuatro?” Miré a Margo. "No lo entiendo".

“Bobby Judd esquiaba aquí todos los inviernos”, me dijo Margo. “Vino con su padre y su hermano gemelo, Ricky. Los chicos se veían exactamente iguales. Y eran dos temerarios gemelos. en su décimo

cumpleaños, tuvieron una carrera en Double-Dip. Bajaron a toda velocidad la montaña. Bobby se estrelló contra un árbol. Murió instantáneamente".

"¿Poli? ¿Delicado?" Yo dije. "Pero... ¡pero él estaba aquí! ¡Yo lo vi!" '

Margo negó con la cabeza. "Viste su fantasma", susurró.

"¿Su qué?" Lloré.
"El fantasma de Bobby extraña correr con Ricky"

Margo me lo dijo. "Al menos eso es lo que dicen los veteranos de por aquí. Entonces el fantasma de Bobby intenta atraer a un esquiador a la cima de Double-Dip. Luego hace correr a ese esquiador.

Margo negó con la cabeza. "Algunos de los esquiadores no lo logran".

"¡No!" Sonreé. "Pero mi hermana... quiero decir, mi... ¡mi amiga está en Double-Dip ahora mismo!"

"No te preocupes", dijo Margo. "Tu amigo está a salvo".

"¡Pero el rastro es hielo sólido! ¡Es realmente peligroso! Lloré. "¿Qué pasa si Bobby intenta competir con ella?" "No lo hará", me dijo Margo.

Mi corazón latía con fuerza. "¿Cómo lo sabes?" exigí.

"Tu amigo está a salvo", respondió Margo. "Poli

Sólo persigue a gemelos idénticos.

"¿Escuchaste algo?" Le pregunté a mi hermana Beth.

Beth levantó la vista del juego de damas que estábamos jugando en el suelo de la sala. Ella escuchó. "No. No escuché nada", declaró.

"¡Tú también me escuchaste!" gritó nuestra hermana pequeña, Diana. "Dije, ¿puedo jugar con el ganador?"

No respondí.

"¿Por qué no me contestas?" Diana lloró. "¿Por qué no puedo jugar contigo?"

Puse mi mano sobre una ficha roja e hice mi movimiento. "Porque sólo los humanos pueden jugar a las damas, comencé.

"Y tú no eres humana", finalizó Beth. "Vienes de Marte, no de la Tierra".

"¡Buena!" Choqué esos cinco con Beth.

Mi nombre es Spenser Mayhew y estas son las cosas que me gusta hacer. Me gusta jugar a las damas con mi hermana Beth. Yo tengo doce años y ella once, así que somos una buena pareja. Me gusta jugar béisbol en el patio de la escuela. Y me gusta andar en trineo sobre nieve fresca.

Pero lo que más me gusta es burlarme de mi hermana Diana, de seis años.

Lo sé. Lo sé. No es muy agradable. Pero es muy divertido. Y es muy fácil, porque Beth y yo nos parecemos a mamá y a papá, y Diana no se parece a ninguno de nosotros. ¡Y no dejamos que lo olvide!

“Por favor, déjame jugar”, rogó Diana. “Ustedes dos siempre juegan juntos. Nunca juegas conmigo”.

Me levanté y rodeé a Diana con un brazo. "Bueno, hay una buena razón para eso", dije suavemente. "¿Estás seguro de que realmente quieres escucharlo?"

Los grandes ojos marrones de Diana se abrieron de par en par. Ella asintió con la cabeza.

“No sé cómo decirte esto...” Hice una pausa. Tomé una respiración profunda. "Pero en realidad no eres nuestra hermana".

Diana jadeó.

"Así es." Beth miró solemnemente a Diana. “¡Mamá y papá te encontraron debajo de una piedra! ¡No naciste, naciste!”

Beth y yo nos echamos a reír.

"Eso no es gracioso", gritó Diana.

"¡Ey! ¡Son las doce en punto!" Dije, ignorándola. “¡Mamá nos dijo que podíamos ir en trineo a las doce! Terminaremos este juego más tarde”, le dije a Beth.

Nos abrigamos con nuestros nuevos trajes de nieve de invierno. Eran de color rojo brillante, con ribetes de piel verde. Mamá nos los compró en oferta. Realmente barato, nos dijo. Eso es porque son muy feos, le dijimos.

Mamá nos recibió en la puerta. Pasó su mano por mi pelaje verde. "Bien", dijo ella.

"Llévame contigo." Diana corrió hacia la puerta principal.

"¡No!" Beth y yo respondimos al mismo tiempo.

“Lleva a tu hermana contigo”, ordenó mamá.

"Ella no es nuestra hermana", dije, y Beth se rió.

"¿Cuántas veces te he dicho que no te burles de Diana?" Mamá me frunció el ceño. "Llévate a tu hermana", dijo con firmeza. “A ella le gusta la nieve. Y ella no te molestará: es buena”.

“Mira, mamá dijo que soy tu hermana. Sabía que era tu hermana”, dijo Diana mientras nos dirigíamos al bosque.

"Lo siento, pero no lo eres", le dije. “No puedes estar en nuestra familia. Todos tenemos el pelo rojo y tú tienes el pelo negro. Tenemos ojos verdes y tus ojos son marrones. Y todos somos muy bajos... y tú eres muy alto. Definitivamente no eres nuestra hermana”.

"¡Soy tan tu hermana!" -gritó Diana-.

"No. No, no lo eres”, insistí. “Nunca mentimos. Siempre decimos la verdad”.

"¡Guau! ¡Mira a todos los niños ahí arriba! Beth señaló hacia adelante, hacia la empinada colina que conducía al bosque. Era la mejor colina de la ciudad para andar en trineo.

"¡Hola, chicos!" Nuestro amigo Ted nos saludó cuando llegamos a la cima. "¿Quieres bajar juntos?"

Ted saltó a su trineo. Nos subimos al nuestro. Dejamos que Diana se sentara entre nosotros y ¡despegamos!

El viento azotaba nuestro cabello mientras volábamos colina abajo. "¡Esto es genial!" Los vítores de Diana resonaron en el aire.

Detuve lentamente el trineo al pie de la colina.
Todos saltaron y yo hice girar el trineo.

“¿Quieres bajar de nuevo?” Le pregunté a Diana.

"¡Seguro!" Ella asintió con entusiasmo.

"Está bien, pero sólo si nos llevas de regreso a la colina".

"¡No puedo atraerlos a los dos!" Diana lloró.
"¡Pesas demasiado!"

"Lo siento, pero ese es el trato", dijo Beth mientras saltábamos nuevamente al trineo.

Diana nos miró fijamente. Ella dejó escapar un suspiro. Luego agarró la cuerda y empezó a tirar.

El trineo no se movió.

Ella tiró con más fuerza.

"¡Esto es divertido!" Beth gritó mientras Diana tiraba de nosotros colina arriba.

Cuando llegamos arriba, Diana dejó caer la cuerda.
"Mis manos duelen." Se frotó las palmas doloridas.

Agarré la cuerda y ¡Beth y yo salimos!

"¡Corre hasta el fondo!" -gritó Ted-.

"¡Ey! ¡Espérame!" Diana gritó.

"¡Demasiado tarde!" Grité mientras cogíamos velocidad.

Hicimos una gran carrera cuesta abajo. no pudimos

¡Espera a volver a bajar corriendo!

“¡Vas a pasar una Navidad horrible!” Diana nos gritó cuando regresamos a la cima de la colina. “Santa va a saber lo malo que fuiste. ¡Y no te traerá ningún regalo!

“¿Quieres saber la verdad, Diana?” Me acerqué a ella. “¡No existe Papá Noel!”

"¡Eso no es cierto!" Diana apretó las manos en dos puños apretados. “¡Hay 15 Papá Noel! ¡Me trajo mi muñeca bailarina el año pasado!

“Mamá y papá te compraron esa muñeca”, le dijo Beth.

"¡Estás mintiendo!" Diana lloró. ¡Sois unos mentirosos grandes y gordos! Hay un Papá Noel. ¡Hay!"

"No. Es la verdad." Negué con la cabeza. “Siempre decimos la verdad. No existe Papá Noel”.

"Bueno, creo que hay un Papá Noel", dijo Ted. “¡Porque ustedes dos parecen elfos!” Ted señaló nuestros trajes para la nieve de color rojo brillante.

Beth y yo lo miramos fijamente.

"Usted hace bien." Él rió. “Eres demasiado bajo para usar trajes de nieve rojos. Realmente te hacen parecer elfos. Y eso tampoco ayuda”. Señaló nuestras botas rojas y verdes.

"Mamá los compró en oferta", se quejó Beth. "Realmente los odiamos".

"¿Realmente odias qué?" Mamá subió la colina.

“Nada, mamá”, respondió Beth. "¿Qué estás haciendo aquí?"

“Se está poniendo frío. Vine a llevar a Diana a casa”, respondió. “Pero ustedes dos pueden quedarse. Sólo asegúrate de llegar a casa a tiempo para la cena.

¡No dejéis que se queden! Escuché a Diana gemir mientras se dirigían a casa. “¡No me dejaron montar en el trineo!”

"UH oh. Apurémonos. Antes de que mamá cambie de opinión”, le dije a Beth. Saltamos al trineo.

Beth, Ted y yo corrimos colina abajo toda la tarde, hasta que el sol empezó a ponerse. A medida que se hundía detrás de los árboles, el día se hacía oscuro y frío. Ted y todos los demás niños se dirigieron a casa.

"Bajemos una vez más". Miré mi reloj. "Todavía tenemos media hora antes de la cena".

"¡Guau! ¡Esto es increíble! Beth lloró como nuestra el trineo voló sobre la nieve. Su voz sonó minúscula en la gran colina vacía. “¡Somos dueños de la montaña!”

Algunas estrellas empezaron a brillar en el cielo gris azulado. Excepto por el silencioso murmullo de nuestros corredores mientras corrían por la nieve, la pendiente estaba en silencio.

Bajamos cada vez más rápido.

La nieve en polvo estaba muy compactada por los trineos que habían corrido por ella durante todo el día. Nuestro trineo se elevó sobre la superficie resbaladiza.

“¡Vamos demasiado rápido! ¡Desacelerar!" Beth gritó: "¡Vamos al bosque!"

Intenté frenar el veloz trineo.

Saqué las piernas a los lados y las dejé arrastrar por la nieve. Tiré de la cuerda con fuerza, hasta que me cortó los dedos.

Nada funcionó.

Cogimos velocidad sobre la superficie helada y resbaladiza.

"¡No puedo parar!" I grité. "¡Vamos demasiado rápido!"

"¡Vamos a estrellarnos contra los árboles!" Beth me miró al oído. "¡Doblar! ¡Doblar!"

Intenté girarme.

Demasiado tarde.

El trineo chocó con fuerza contra un árbol.

Beth y yo caímos a la nieve.

"Gran puntería", se quejó Beth. *¿Te dije que te volvieras si?

"¡Ey! ¿Qué está sucediendo?" Lloré... ¡cuando una gran red cayó sobre nosotros!

Miré a través de los agujeros y jadeé.

Cuatro hombres pequeños sostenían la red sobre nosotros.

Cuatro hombres pequeños vestidos con monos rojos para la nieve y botas rojas y verdes.

Parecía imposible, ¡pero parecían exactamente elfos!

"¿Qué estás haciendo?" Fallé mis brazos, luchando por escapar. "¿Quién eres? ¡Déjanos ir!"

El hombrecito no respondió. Nos metieron en una gran bolsa roja y empezaron a arrastrarnos.

"¡No podemos ver aquí!" Grité cuando Beth y yo nos metimos dentro de la bolsa. "¡Está muy oscuro!"

"¡Salgamos de aquí!" Beth gritó, pateando los lados de la bolsa.

Los hombrecitos nos ignoraron.
Le di un puñetazo fuerte al saco. “¿Adónde nos llevas?” exigí.

Los hombrecitos permanecieron en silencio.

“¿D-dónde estamos?” Le pregunté a uno de los hombrecitos mientras salía de la bolsa oscura.

No me respondió.

Entrecerré los ojos, tratando de adaptarme a la luz brillante. "¿Qué es este lugar?"

Miré alrededor de la habitación. Era enorme, más grande que el hangar de un avión. Las altas paredes estaban revestidas de arriba a abajo con estantes. Estantes y estanterías llenos de muñecos, camiones, trenes. ¡Todo tipo de juguetes que puedas imaginar!

"¡Guau!" Beth salió de la bolsa detrás de mí. “¡Un taller de juguetes!” Ella exclamo.

Los robots de juguete marchaban rígidamente a nuestro alrededor. Zigzagueando de un lado a otro, mientras los hombrecitos los probaban.

Salté hacia atrás... mientras un Jeep con control remoto pasaba zumbando entre mis piernas.

Cientos de hombrecitos corrían de un lado a otro, pintando caras de muñecos, probando videojuegos, afilando cuchillas de patines sobre hielo.

Miré a los hombrecitos con incredulidad. Todos vestían trajes rojos y verdes. ¿Podría ser? Me preguntaba. ¿Es esto realmente un taller de juguetes? ¿Son estos hombrecitos realmente elfos?

"Esto es demasiado extraño", susurró Beth. "¡Vamos a salir de aquí!"

Miré frenéticamente alrededor de la habitación, buscando una salida. Pero no vi ni una sola puerta ni ventana.

"¡No hay salida!" Le dije a Beth.

"¡Queremos ir!" Beth les gritó a los elfos.
"¡Llévanos a casa!"

"¡Hogar! ¡Esa es buena!" Un elfo se rió. Luego me agarró del brazo. Otro elfo agarró la muñeca de Beth.

"¡Déjame ir!" I grité.

Los dos elfos nos arrastraron por el taller. Nos empujaron a través de un estrecho arco, hasta una pequeña habitación iluminada por un fuego ardiente en una chimenea de piedra.

En el centro de la habitación había un escritorio de madera y una silla giratoria de espaldas a nosotros.
"¡Aquí están!" anunció uno de los elfos.

La silla empezó a girar.

Me quedé sin aliento cuando vi el traje rojo, la gran barriga, la barba blanca: ¡Papá Noel!

"¡Aquí están los dos elfos que escaparon!"
declaró el otro elfo.

Santa miró por encima de sus bifocales. “¿Cómo pudiste salir de aquí el día antes de Navidad? ¡Sabes lo ocupados que estamos!

Nos quedamos en un silencio estupefacto.

“¡Pónganlos en doble tarea laboral!” Ordenó Papá Noel. "Ustedes dos elfos trabajarán en turnos de dieciocho horas durante los próximos cinco años".

"Pero... pero esto es imposible", tartamudeó Beth.
"¡Tú no existes!"

Santa se llevó las manos a su gran barriga y soltó una risa profunda. “Eso es precisamente lo que le decimos a la gente, para evitar que husmeen. Mantiene alejados a los turistas”.

"¡Pero no somos elfos!" Insistí. "Tenemos una familia en Ohio".

Santa empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

Se cruzó de brazos a la espalda mientras caminaba hacia nosotros.

"Mmmmm." Nos rodeó, estudiándonos cuidadosamente de pies a cabeza. "Parecéis elfos".

Volvió a rodearnos. "Te vistes como elfos".

Regresó a su escritorio y se sentó. “Escuché excusas antes, pero eso es realmente aburrido. ¡Ahora, manos a la obra! Podrás tener dos días de vacaciones dentro de cinco años, si trabajas duro”.

Luego cogió un lápiz, bajó la cabeza y empezó a marcar nombres en una lista.

Un elfo me agarró la muñeca. Otro agarró el brazo de Beth. Nos arrastraron hacia el taller.

"¡Esperar!" Lloré.
Luché para liberarme de las garras del elfo.

Corrí hacia Santa.
“¡Puedo demostrar que no somos elfos! ¡Puedo demostrártelo!

"¿Puede?" Santa levantó la vista de su escritorio. "Bueno. Te daré una oportunidad. Tenéis una oportunidad de demostrar que no sois elfos”.

“¿Es este el lugar?” preguntó un elfo mientras Beth y yo salíamos de la bolsa grande.

"¡Sí!" Aplaudí cuando vi que estábamos parados en nuestro jardín delantero. Me volví hacia los elfos. "¡Este es el lugar donde vivimos!"

"Sí. Bien." Un elfo sonrió.

Diana estaba sentada en los escalones de la entrada, paleando nieve y haciendo un castillo de nieve.

"¡Diana! ¡Diles a los elfos quiénes somos! Diles que eres nuestra hermana”, grité.

Diana levantó la vista.

Miró a los cuatro hombrecitos y jadeó. "¡Guau! ¡Los elfos de Papá Noel!

“¡Diles que eres nuestra hermana! ¡Dígales!" Beth lloró.

Diana bajó lentamente las escaleras.

Ella caminó hacia nosotros. “¡Pero siempre me dijiste que no soy tu hermana! Dijiste que definitivamente no soy de tu familia”.

"¡Diana! ¡No es momento para bromas! ¡Diles que eres nuestra hermana! Yo rogué.

Diana se volvió hacia los elfos. “Dijeron que no soy de su familia. Y me dijeron que Santa no es real”.

"Ustedes dos elfos son los peores mentirosos que jamás haya conocido", dijo un elfo.

"Grandes y gordos mentirosos". Diana asintió con la cabeza.

"Vamos." Uno de los elfos empujó a Beth dentro de la bolsa.

"Has perdido suficiente trabajo".

“¡Dígales quiénes somos! ¡Diana, por favor!
Supliqué mientras un elfo me agarraba del brazo.

"¡Adiós! ¡Feliz navidad!" Diana me saludó con la mano.
"¡Dile a Santa que he sido bueno!"

ATAQUE DEL REGALO DE NAVIDAD

Mi tío Billy es la persona más genial del mundo.

el planeta. Ha estado en todas partes y sabe todo tipo de cosas raras. Entonces, cuando descubrí que vendría a nuestra casa para Navidad, ¡no podía esperar!

Es divertido estar con el tío Billy y también hace fantásticos regalos. Una vez me dio un huevo de dinosaurio. Y un escarabajo de Egipto. Es un escarabajo de madera con un halcón y una serpiente talladas en la parte inferior. Entinté el mío y estampé las tapas de mis cuadernos.

Nadie más que conozco tiene un escarabajo, excepto mi hermano mayor, Doug. El tío Billy le lanzó una mirada.

Doug tiene catorce años, dos años más que yo. Ambos tenemos cabello negro, ojos marrones y espacios entre los dientes frontales. Es un poco más alto.

El día antes de Navidad, Doug y yo estábamos jugando a las damas.

Odio jugar a las damas con Doug. Me gusta jugar rápido y ver qué pasa. Doug se sienta y piensa en todos y cada uno de los movimientos. Él también suele ganar.

Doug había estado mirando el tablero desde siempre, tratando de descubrir su próximo movimiento. Estaba mirando por la ventana, esperando.

Un taxi se detuvo ante la casa.

El tío Billy bajó del taxi. Estaba cargado con maletas y algunas bolsas negras abultadas.

El tío Billy es alto y delgado, tiene el pelo negro y rizado y lleva gafas gruesas.

Salí corriendo y lo abracé. Luego lo ayudé a subir sus maletas.

Doug simplemente se sentó a la mesa, todavía pensando en su próximo movimiento. ¡Es un jugador muy serio!

Nos despertamos alrededor de las siete de la mañana de Navidad.

Todos eligieron un lugar en la sala para sentarse. Me dejé caer entre el árbol y el tío Billy. Luego mamá tomó cada regalo de debajo del árbol y lo puso frente a la persona para la que era. Tuvimos que esperar hasta que ella repartiera todos los regalos antes de abrir alguno.

"¿No puedo abrir solo uno?" Pregunté. Siempre pregunto eso.

"Ya conoces las reglas, Jack. Espera", dijo mamá. Ella siempre dice eso.

Finalmente terminó de repartir regalos.

Con solo mirar mi pila me di cuenta de que no estaba obteniendo la patineta que realmente quería. Nada tenía la forma o el tamaño correctos.

Al menos el regalo del tío Billy sería interesante.

Rompí el papel de regalo. Muy pronto el suelo quedó cubierto de papel y cintas.

Mamá me dio tres suéteres, unos calcetines y algo de ropa interior. ¡ABURRIDO!

También compré un Walkman y un montón de CD. Y unas zapatillas de baloncesto excelentes y un juego de ordenador llamado Trolls' Bane.

Finalmente llegué al regalo del tío Billy.

Arranqué el papel plateado y descubrí un

¡Máscara de madera realmente espeluznante! Tenía largos colmillos, tres ojos y una salvaje melena de crin roja y blanca.

Era diferente. No poseía nada parecido. Nadie lo sabía tampoco.

Pero simplemente no me gustó. Fue espeluznante.

Lo dejé y miré a Doug. Todavía tenía muchos regalos sin abrir. Doug abre los regalos tal como juega a las damas: lentamente.

Cogió cada uno y estudió la caja. Luego deshizo la cinta. Luego arrancó el papel en una sola pieza.

Luego estudió el regalo antes de abrir el siguiente.

A veces Doug me vuelve loca.

También consiguió ropa interior, calcetines y suéteres. Consiguió algunos libros, un juego grande de lápices de colores y un bloc de dibujo. También consiguió buenas zapatillas de baloncesto. ¡Actuó como si le gustara todo!

El regalo que le hizo el tío Billy estaba envuelto en papel azul oscuro. Lo guardó para el final.

"¡Abrelo! ¡Abrelo!" I grité.

Entonces la abrió muy lentamente, sólo para hacerme sufrir.

Doug deslizó la uña debajo de la cinta adhesiva en la parte posterior y en ambos extremos del papel.

Luego dobló el papel, ¡como si fuera a usarlo otra vez!

Levantó la tapa de la caja y encontró otra caja dentro. Lo estudió por un tiempo.

Salté para poder verlo también.

La caja era de color púrpura brillante y tenía escritura japonesa con contornos blancos por todas partes. En el frente, en inglés, ponía: ROBOT TAG.

A través de una ventana de plástico transparente en la caja, pude ver lo que era. Una figura de acción.

Había dejado de jugar con muñecos de acción. Y Doug nunca había jugado con ellos. Sin embargo, este se veía tan genial que quería tenerlo en mis manos.

Era un gran robot plateado con púas alrededor del cuello, codos, cintura y rodillas, y cadenas cruzadas sobre el pecho. Una punta como el cuerno de un rinoceronte sobresalía de su casco.

Doug abrió la caja y sacó el robot.

Estaba articulado para que pudieras posarlo.

Doug levantó la placa frontal gris plateada para mostrar el rostro con el ceño fruncido. La boca del robot estaba muy abierta, mostrando muchos dientes afilados y puntiagudos.

"Ese es especial", dijo el tío Billy, mirándonos a ambos. “Al menos eso es lo que me dijo el viejo de la juguetería”.

"Sería realmente genial, tío Billy", dijo Doug. "Gracias."

Doug estaba siendo educado. Pero lo conozco. Me di cuenta de que no le gustaba Robot Tag. Por primera vez

Alguna vez el tío Billy nos trajo regalos que no nos gustaron.

Entramos en tropel a la cocina. Mamá hizo gofres. Después del desayuno, el tío Billy se despidió. Tuvo que tomar un avión a la India.

Doug y yo caminamos hasta la sala para empacar nuestros regalos y llevarlos a nuestras habitaciones.

Cogí la máscara de tres ojos. ¿Qué podría hacer con él? Lo acerqué a mi cara e intenté mirar a través de los ojos. Pero la parte trasera no estaba lo suficientemente tallada como para que cupiera una cara en ella. Ni siquiera podría usar la máscara el próximo Halloween.

Miré a Doug. Estaba mirando la máscara.

Miré a Robot Tag. ¡Qué robot tan radical!

"Intercambiarte", dijo Doug.

"¿En realidad?" Grité. "¿En realidad? ¡Oh, cierto! Le di una palmada a la máscara que tenía en la mano y luego agarré a Robot Tag.

Arriba, en mi habitación, revisé los porros de Robot Tag. Tenía los tobillos doblados, las rodillas dobladas, las muñecas dobladas, los dedos doblados. Giró la cintura y giró la cabeza. Sus brazos podían extenderse hacia los lados, arriba y adelante. Podría posar de cien maneras diferentes.

Organicé una pelea con algunos viejos superhéroes que saqué del armario. Robot Tag los venció a todos.

Lo dejé encima del tocador cuando me fui a la cama.

Me acababa de quedar dormido cuando escuché un

Ruido de peleas y golpecitos. Quizás estoy soñando, pensé.

Entonces escuché un golpe.

Abrí mis ojos. Y encendió la lámpara. Robot Tag yacía en el suelo. Supuse que debía haberse caído.

Lo dejé allí y apagué la luz. Me tapé con las mantas. |

Luego escuché más ruidos TAP-TAP. Extendí un brazo y busqué la luz. Cuando lo encendí, Robot Tag todavía estaba acostado de lado. ¡Un par de centímetros más cerca de la cama!

Me estaba asustando un poco ahora. Pero me obligué a calmarme. '

Tengo una imaginación salvaje. Y supe que se estaba escapando conmigo. Los juguetes no cobran vida.

Apagó la luz. Y permanecer despierto. Espera. ¡Entonces lo escuché de nuevo! TOCA, TOCA, TOCA. Pelea, pelea, pelea,

¡Encendí la luz rápido!

¡Robot Tag estaba de pie! ¡Y estaba a sólo unos metros de mi cama!

Sonreé. ¡Entonces la figura de acción se movió! Dio un paso hacia mi cama. Luego otro.

Quizás tenga funciones que no conozco, pensé. Tal vez activé un interruptor cuando lo dejé en la cómoda.

Sabía que lo más sensato era coger la figura de acción y buscar el interruptor. ¡Pero tenía demasiado miedo para moverme!

Robot Tag seguía cayendo hacia mí. Sus púas brillaron a la luz.

¡Esto fue demasiado espeluznante!

Tomé una respiración profunda. Luego me quité las mantas y salté de la cama. Salí corriendo de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí. Corrí por el rellano y entré en la habitación de Doug sin siquiera llamar.

Estaba leyendo uno de sus libros navideños. Él me miró fijamente. "¿Qué deseas?"

“¡Etiqueta de robot! ¡Está vivo! ¡Él vino detrás de mí! Grité.

“No seas tonto”, respondió.

"¡Él venía por mí!" Insistí.

“Estabas soñando”.

Agarré la manga de su pijama. "¡Tienes que ver esto!" Yo dije. ¡No quería volver sola a mi habitación!
Él refunfuñó y sacudió la cabeza. Pero finalmente vino conmigo.

Robot Tag permaneció inmóvil en medio del suelo.
"¡Ooooh, qué miedo!" Dijo Doug, poniendo los ojos en blanco.

“Él realmente me estaba persiguiendo, Doug. ¡Honesto!" Insistí,

Doug se sentó y cogió Robot Tag. Le dio la vuelta. Me deslicé hasta el suelo junto a él.

Doug me entregó el robot. Busqué un interruptor de encendido y apagado, pero no pude encontrarlo.

"Estaba caminando", dije en voz baja. Incluso TI no estaba seguro de haberlo creído. Quizás había estado soñando.

"Si esta es tu manera de decirme que quieres volver a operar, ¡olvídalo!" Dijo Doug. "¡Estás atrapado con él!" Él se paró. "Ahora ve a dormir."

Puse Robot Tag en el armario. Me quedé en la cama mucho tiempo con los ojos abiertos, mirando al techo y escuchando más ruidos de golpeteo.

No escuché nada. Finalmente me quedé dormido.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me estiré en la cama y me senté. Y entonces me quedé sin aliento.

¡Robot Tag estaba sobre la cómoda!

¿Doug se había colado en mi habitación y lo había puesto allí? De ninguna manera. ¿Cómo sabría Doug que debía buscarlo en el armario?

Caminé hacia la cómoda y tomé Robot Tag. Sus ojos estaban entrecerrados y miraban mal debajo de la placa frontal. Las púas alrededor de sus articulaciones eran afiladas. Demasiado afilado para ser un juguete, pensé.

Lo tiré de nuevo al armario. Luego me puse mis nuevas zapatillas de baloncesto, corrí escaleras abajo y comí.

desayuno. Después, fui en bicicleta a la casa de mi amigo Rodney para averiguar qué le había regalado para Navidad.

Cuando llegué a casa, era casi la hora de cenar. Corrí a mi habitación para limpiar. Encendí la luz y me detuve en seco.

Robot Tag volvió a estar en el centro del suelo.

El robot levantó un brazo. Sus dedos se abrieron y cerraron. Luego, las púas alrededor de su cuello, codos, cintura y rodillas comenzaron a girar, ¡como pequeñas hojas de sierra que mordían!

Robot Tag dio un paso. Grifo. Luego otro. Grifo. ¡Entonces empezó a moverse hacia mí más rápido!

Su visor se levantó. ¡Me rechinó los dientes!

De ninguna manera estaba soñando esto.

Empecé a salir por la puerta. Me volví para cerrarlo detrás de mí.

Pero el robot era demasiado rápido. Me siguió hasta el pasillo.

¡GREERRR!

¡Sus púas giraban!

Su visor se levantó. Él me miró fijamente. ¡Me alcanzó!

Corrí de regreso a mi habitación y cerré la puerta. Luego abrí la puerta de mi armario y busqué algo que pudiera usar para defenderme.

¡Mi palo de hockey!
Lo agarré y me di la vuelta. Justo a tiempo para ver virutas de madera volando por debajo de la puerta.

¡MÁS SALUDABLE! Robot Tag estaba usando sus púas giratorias para perforar un agujero en la parte inferior de la puerta.

Unos segundos más tarde, apareció arrastrándose.

el agujero. Mostrando los dientes.

TOCA, TOCA, TOCA.

Agité el palo de hockey hacia él, esperando poder derrotarlo.

Pero el robot agarró el palo con ambas manos y lo apretó. Se rompió un trozo de palo.

¡Lo golpeé con él y rompió otro trozo!

Mi corazón estaba latiendo. ¡Tuve que escaparme! Salté lo más alto que pude sobre Robot Tag y corrí hacia la puerta. La abrí de un tirón y corrí escaleras abajo.

Robot Tag vino detrás de mí. Podía oír sus pies volando sobre la alfombra del pasillo hacia las escaleras. ¡Se movió tan rápido!

¡Si pudiera llegar hasta la puerta principal!

Una repentina mancha a mi derecha. ¡Robot Tag se deslizó por la barandilla!

Cayó al suelo al pie de las escaleras y se giró para mirarme.

Me agarró con sus manos. Luego bajó la cabeza y me apuntó con su cuerno de rinoceronte. ¡Estaba a punto de atacar!

Tropecé con el borde de la alfombra de la sala y caí. Jadeando por aire, miré hacia el robot.

¡TOCA, TOCA, TOCA!

Luché por levantarme, pero ya era demasiado tarde.

¡Robot Tag se paró frente a mi cara! Levantó ambos brazos. Cerré mis ojos.

Y sentí sus manos golpearme en el hombro.

Abrí mis ojos.

El robot sonrió.

"¡Etiqueta!" el grito. "¡Tú eres eso!"